



DESIGUALDAD Y EXCLUSIÓN EN LA EDUCACIÓN SECUNDARIA DE ADOLESCENTES Y JÓVENES

Informes y estudios sobre la situación educativa N° 4
Buenos Aires, diciembre 2006

El presente trabajo fue realizado por el Instituto de Investigaciones Pedagógicas "Marina Vilte" de la Secretaría de Educación de CTERA, estuvo a cargo de Juan Balduzzi, con la colaboración de María José Vázquez y María Dolores Abal Medina; contó con la lectura crítica y las reflexiones de Stella Maldonado, Silvia Andrea Vázquez, Deolidia Martínez, Pompeya Boj y Virginia Altube, así como con los aportes y la colaboración de Fabio Correa (UDAP) y Ricardo Donaire.

CONFEDERACIÓN DE TRABAJADORES DE LA EDUCACIÓN DE LA REPÚBLICA ARGENTINA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN Y ESTADÍSTICAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES PEDAGÓGICAS MARINA VILTE
Chile 654 C.P. (1089) Ciudad de Buenos Aires - Argentina
Tel/Fax: 4300-5414/8502/9256/9294 int. 119/120/121
instituto@ctera.org.ar / <http://www.ctera.org.ar/iipmv>

Desigualdad y exclusión en la educación secundaria de adolescentes y jóvenes

Introducción

El propósito de este trabajo es analizar la escolaridad de los adolescentes y los jóvenes, tomando como objeto principal del estudio la desigualdad en el acceso, permanencia y egreso de la escuela, en especial la secundaria, así como las situaciones de exclusión educativa que se derivan de la misma.

De esta manera damos continuidad a informes anteriores y seguimos avanzando en la elaboración del “mapa de la desigualdad y la exclusión educativa en nuestro país”.¹

En este estudio consideramos la situación educativa de los adolescentes y jóvenes de 13 a 18 años.

La primer parte del informe traza un breve cuadro de sus condiciones de vida, teniendo en cuenta que la problemática educativa que analizamos no puede desligarse de la situación de exclusión social que hoy sufren la mitad de los adolescentes y jóvenes en nuestro país. Sin ser la única causa, las condiciones económico-sociales ejercen un fuerte influjo en la génesis de los procesos de desigualdad y exclusión educativa.

La segunda parte del estudio aborda el tema central del análisis: la desigualdad en la escolaridad de los adolescentes y jóvenes, en general, y en la escuela secundaria, en particular. Se destacan los procesos de exclusión educativa que se dan en este tramo de la enseñanza.

Para analizar la incidencia de los elementos económico-sociales en los procesos de exclusión educativa se toman dos indicadores: las desigualdades en la escolarización entre las distintas regiones y zonas del país, y las desigualdades debidas a la condición social, tomando como indicador el encontrarse o no en situación de pobreza.²

En la parte final del trabajo se plantean las políticas que, desde nuestra perspectiva, deben ejecutarse para revertir este grave cuadro de exclusión y desigualdad educativa y avanzar en una política de democratización de este nivel de la enseñanza.

El informe pone de manifiesto el fracaso de las políticas educativas aplicadas desde la década de los '90, supuestamente dirigidas a “incluir” a los adolescentes y jóvenes, cosa que finalmente no lograron.³ La crisis que afecta a la escuela secundaria no puede explicarse sin considerar las políticas de destrucción de la escuela pública llevadas adelante por la reforma educativa. Tampoco puede obviarse que la escuela secundaria exhibía antes de la implementación de la reforma una progresiva pérdida de sentido, que se

¹ Ver informes N° 1 y N° 3 del IIPMV-CTERA. “Prioridades para la construcción de políticas educativas públicas”, febrero 2004, y “Desigualdad y exclusión educativa en la educación inicial”, noviembre 2004.

² Sin dudas, también hay otras causas en la exclusión, no sólo vinculadas a lo económico-social, sino a las políticas educativas, la organización de la enseñanza en la escuela media, etc., pero ellas serán motivo de análisis en informes posteriores.

³ Hablamos de “fracaso de la reforma educativa” si tomamos sus intenciones manifiestas, pero habría que ver si en verdad no fue un “éxito”, si pensamos que sus reales intenciones eran otras: destruir el sistema educativo estatal (uno de los más integrados y desarrollados de América Latina) a fin de poder luego operar sin resistencias su privatización.

profundizó con ésta. O que ciertas características de la escuela secundaria, ligadas al elitismo con que la misma nació en nuestro país, en el siglo XIX, habían sido criticadas hace tiempo, desde perspectivas que buscaban la democratización de la escuela secundaria.

En este sentido, un principio central para orientar una política educativa transformadora para el nivel secundario, que impulse su democratización, es el de su universalización, estableciendo la obligatoriedad de la enseñanza.

Desde CTERA venimos impulsando esta dirección hace varios años. Hoy esta posición ha conseguido un importante consenso social, al punto que ha sido convalidada en la nueva ley de educación.

Por cierto, la voluntad política de llevar a la práctica la universalización de la escuela secundaria debe materializarse en políticas concretas, con todas las previsiones necesarias, entre ellas las financieras. De lo contrario, puede sancionarse la norma, pero ésta no pasará de las buenas intenciones que, como dice un conocido dicho, tapiza el camino del infierno.

El sentido de este estudio es, justamente, mostrar con claridad la necesidad de una decidida intervención estatal para posibilitar que todos los adolescentes y jóvenes puedan concurrir a la escuela, cosa que hoy no sucede. La desigualdad y exclusión educativa que existe en nuestro país muestra que esta acción es de un estricto sentido de justicia o reparación.

Ciertamente, acá no terminan las medidas a tomar para asegurar el derecho a la educación de los adolescentes y jóvenes. Desde una perspectiva más global, es preciso “reinventar” la escuela secundaria. Repensar sus formas de trabajo, de organización escolar y curricular, y sobre todo su sentido político-pedagógico. Como dijimos en el III Congreso Educativo creemos en el desarrollo de la potencialidad de los sujetos mediante la educación, entendida como praxis liberadora de nuestras diversas capacidades individuales y colectivas: afecto, inteligencia, creatividad, sociabilidad. Por ello nos preocupa sobre todo la educación de aquellos que parecen condenados de antemano a una “existencia-destino” que oscila entre la marginación y la explotación: niñas y niños de sectores populares que tienen grandes dificultades para sostener su escolaridad; adolescentes excluidos del sistema educativo (y del trabajo); los adultos cuyos procesos educativos son entendidos como una “educación pobre para los pobres”.

Tomamos partido por una educación contraria a esa idea de destino, que apueste a que los sujetos individuales y colectivos, recorran caminos inéditos, tengan la posibilidad de construir un lugar distinto en la historia.

En síntesis reivindicamos la recuperación de la centralidad de la escuela pública como territorio donde los saberes de los sujetos pueden y deben ponerse en diálogo para construir colectivamente un conocimiento que incida en la realidad con sentido transformador.⁴

Conceptos centrales que utilizamos

Los conceptos centrales que utilizamos en este trabajo son los de “exclusión” y “desigualdad” educativa.

El primer concepto que tomaremos es el de “exclusión educativa”, con el cual nos referimos a la negación del derecho social a la educación. Negación que se

⁴ CTERA. Tercer Congreso Educativo. El documento puede consultarse en: http://web.wamani.apc.org/aa180/img_upload/efdda831483156d55ea631ca8ae76d0f/IIICongresoEducativo/odectera.pdf

produce, en su forma más clara, cuando los sujetos no pueden acceder al sistema educativo. Aunque también puede considerarse que estamos frente a procesos de exclusión, cuando los estudiantes, luego de ingresar al sistema, son excluidos-expulsados del mismo.⁵

La razón principal de esta negación del derecho debe buscarse en un sistema social injusto, no en la responsabilidad de las familias y/o los alumnos, ni de los docentes, como hacen las visiones conservadoras o tecnocráticas sobre la escuela. Esto no significa que al interior del propio sistema educativo no existan mecanismos específicos que produzcan la exclusión educativa, al tiempo que naturalizan e invisibilizan el origen social de la misma.

En tanto partimos de esta visión “social” de la exclusión educativa, preferimos no utilizar el término “deserción escolar”, con el que tradicionalmente se alude a los alumnos que dejan de asistir a la escuela. Habría que preguntarse si esos alumnos dejan o son dejados de lado por el sistema educativo. El término deserción claramente coloca la responsabilidad en el individuo, que ha “desertado” de su deber. Un término con un significado muy negativo. Y si bien las razones por las cuales los jóvenes dejan de estudiar son múltiples, en este caso preferimos remarcar aquellas que tienen que ver con los condicionantes económicos, sociales y políticos, utilizando la categoría exclusión.⁶

Las diversas situaciones de exclusión que tendremos en cuenta son:

En primer término, *aquellos que nunca han asistido a la escuela*, que constituyen el caso más claro de negación del derecho a la educación. Siendo el caso más grave, en términos de vulneración de derechos, pero que gracias a las luchas populares a las luchas populares que impulsaron la expansión del sistema educativo no es de las situaciones más extendidas en nuestro país.

En segundo término, a *quienes habiendo concurrido a la escuela, no terminaron el ciclo de estudio obligatorio*, siendo también una negación del derecho a la educación. Ya que el Estado debe garantizar a cada ciudadano completar la escolaridad obligatoria. No tenerla contribuye a internarse dentro de algunos de los circuitos de sobrevivencia que buena parte de los sectores populares de nuestro pueblo transitan diariamente, signados por la “informalidad”, la falta de derechos, la explotación laboral, la carencia de cobertura en salud, los hábitats y viviendas precarios, etc.

Si bien estas son las dos situaciones más claras de exclusión educativa, también consideraremos una tercera situación: *aquellos que no han terminado la enseñanza secundaria*. Pues entrado el siglo XXI, la complejidad de la vida social exige los conocimientos que brinda el nivel secundario para desenvolverse con posibilidades de desarrollar un proyecto autónomo, sea

⁵ Decíamos en un trabajo anterior “El análisis de la exclusión (...) requiere también de un abordaje que excede lo cuantitativo, de tipo cualitativo para profundizar en aquellos mecanismos y dispositivos político-pedagógicos propios de nuestro sistema educativo que producen y/o resisten la exclusión. Pretendemos no sólo mostrar la exclusión educativa como “fenómeno”, sino develar los por qué y contribuir a pensar políticas que transformen esta situación, y asuman a la educación como un derecho social y universal.” Informe N° 1 del IIPMV-CTERA.

⁶ Hoy muchos organismos, estatales y privados, utilizan el concepto de “abandono escolar”. Tal vez podríamos hablar de “exclusión-abandono”. Creemos que, en rigor, es preciso profundizar colectivamente el debate alrededor de estas categorías, no sólo por su implicancia “teórica”, sino sobre todo por el significado político que tiene el uso de uno u otro término.

individual o colectivo. Si se quiere, es una “exclusión de las posibilidades” que la escolaridad secundaria brinda.⁷

Considerado este último grupo desde la perspectiva de la universalización de la enseñanza secundaria, nos indica claramente la cantidad de alumnos que hoy no terminan la escuela secundaria, y que es preciso que lo hagan. Es decir, nos dará una idea de la magnitud del desafío que significa esta iniciativa.

El otro concepto central que utilizamos es el de desigualdad. Con él hacemos referencia a las posibilidades diferenciales de los adolescentes y jóvenes en el acceso, permanencia y egreso del nivel de enseñanza secundaria, que – en el caso de este análisis - presenta claras diferencias entre las distintas clases y grupos sociales, así como entre las distintas regiones de nuestro país.⁸

El grado de desigualdad que encontremos puede ser tomado como un indicador de “injusticia educativa”. Y por el contrario, a mayor igualdad, puede considerarse que existe – al menos en este aspecto – una mayor justicia o, si se prefiere, “democratización de la educación”.⁹

1. SITUACIÓN DE LOS ADOLESCENTES Y LOS JÓVENES

¿Cómo son, quiénes son, hoy, los adolescentes y jóvenes de nuestro país?

En nuestro Tercer Congreso Educativo, realizado el año pasado, decíamos que es preciso que nuestras representaciones sobre adolescentes y jóvenes tengan en cuenta los vertiginosos cambios actualmente en curso en el mundo.

Podemos comenzar señalando que, para algunos autores,¹⁰ el concepto adolescencia es una creación de las sociedades urbano-industriales.

⁷ Este tercer nivel de exclusión puede asimilarse a la “zona de vulnerabilidad” que existe entre exclusión e inclusión, según lo expresa Robert Castel en su libro “Las trampas de la exclusión”. Como señala el mismo, consideramos a la exclusión como un proceso y no como algo estático.

⁸ Pensando desde la perspectiva de la democratización de la educación, decíamos en un análisis anterior: “Por cierto que el acceso diferencial a la educación (de una clase, sector o grupo social, de una región por sobre otra) no es la única forma de desigualdad educativa. Existen otros mecanismos, como la segmentación, la creación de circuitos diferenciados, etc. (...) este tipo de análisis centrado en lo cuantitativo no nos dice nada, por ejemplo, sobre aspectos sustantivos de la educación. Como sus finalidades o sus contenidos; cómo, por qué, para qué, quiénes han seleccionado los contenidos que se enseñan; los valores explícitos o implícitos que se enseñan, etc.

Tomas Tadeu da Silva (...) dice que el análisis del acceso diferencial de los distintos grupos sociales a la educación es generalmente la primera fase de los análisis críticos. En éstos se muestra como, por ejemplo, los niños de clase trabajadora o de las clases populares en general tienen un menor acceso al sistema, que se refleja luego en niveles educativos más bajos que los alcanzados por niños que provienen de otras clases sociales. Pero en una segunda etapa, suele hacerse más hincapié en el análisis de las desigualdades internas en el acceso a la educación, por ejemplo, en las diferencias en los contenidos a los que acceden los distintos grupos sociales. Esto es característico de los sistemas que presentan algún tipo de segmentación. Y al profundizar en ese tipo de análisis, finalmente suelen cuestionarse las posiciones desde las cuales han sido elaborados los parámetros del sistema educativo. Por ejemplo, en los estudios críticos sobre el currículum que parten desde una mirada de género, suele cuestionarse el carácter machista sobre el mundo con el que aquellos han sido contruidos, y lo importante en ese caso no es tanto que todos y todas accedan a esos contenidos, sino cambiarlos. Da Silva, Tomaz Tadeu. “Espacios de Identidad”. Barcelona, Octaedro, 2001. En Informe N° 3, IIPMV.

⁹ En la medida en que el sistema educativo incluya a las poblaciones de las distintas regiones y /o grupos sociales de nuestro país en grado similar, el acceso a la educación puede ser tomado como un indicador de democratización de la educación.

¹⁰ Entre otros: Moffatt Alfredo (1998) *Violencia Juvenil*, Revista El Planeta Urbano; Moffatt Alfredo (1998) *La droga como síntoma social*, Revista Del Fondo De Ayuda Toxicológica; Margulis Mario (1996) *La juventud es mas que una palabra*. Ensayos sobre cultura y Juventud. Editorial Biblos. Bs. As; Guillermo A. Obiols-Silvia Di Segni de Obiols (1995) *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria*. Editorial Kapelusz Editora S. A. Bs. As.

Etimológicamente, proviene del latín “adolecere”. Para los romanos significaba “ir creciendo, convertirse en adulto”; un verbo cuyo participio era *adultum*.

Si tenemos en cuenta la declaración Universal de los Derechos del Niño, en su artículo N° 1, se define al niño como: “Todo ser humano hasta la edad de dieciocho años, salvo si la legislación nacional acuerda la mayoría antes de dicha edad”.

La adolescencia es el segundo momento de constitución subjetiva en la vida (el primero es la infancia), momento que se inicia con la pubertad, marcado por la irrupción de la sexualidad, en su vertiente genital. Un tiempo de alejamiento del espacio familiar, para establecer una distancia que posibilite hacerse de un lugar diferente; de incertidumbre, donde se cuestiona lo dado - la familia, la sociedad-, donde la angustia marca lo incierto de la salida. Momento de puesta en cuestión y renovación de las identificaciones, de cambios en los modos de pensarse a sí mismo y a los demás; tiempo de elección sexual, donde cada identificación supone modos de relación, códigos, gustos, de los que el adolescente se apropia, sin que signifique que sea definitivamente tal o cual cosa. Lo episódico es propio de la adolescencia. Cuando este proceso se dificulta, encontramos impulsiones, actos violentos, trastornos de la alimentación, intentos de suicidio, inhibiciones, etc. Y es también tiempo de rebeldía. Por ello los jóvenes son los portadores de lo nuevo. Es central pensar qué posibilidades ofrece la sociedad para el potencial creador del adolescente, para el despliegue de lo que potencialmente posee cada uno.¹¹

Este es asimismo un importante momento de desarrollo intelectual. Piaget sostiene: “Lo que resulta más sorprendente es su facilidad para elaborar teorías abstractas. Hay algunos que escriben y crean una filosofía, una política, una estética o lo que se quiera (...) se manifiesta mediante la creencia en el infinito poder de la reflexión, como si el mundo debiera someterse a los sistemas y no a la realidad. Esta es la edad metafísica por excelencia: el yo es lo suficientemente fuerte para reconstruir el universo y lo suficientemente grande para incorporárselo”.¹² Y es también un momento en que se desarrolla la creatividad e imaginación a través del arte en cualquiera de sus expresiones.

A la vez, Juventud, es un concepto huidizo, una construcción histórica y social: cada época y sector social postula una manera de ser joven. Un concepto debatido, con diferentes significados de acuerdo al espacio en el que se piensa: sociedades no occidentales, sociedades occidentales; clases medias y altas o clases populares; zonas rurales o urbanas. Unificar a los jóvenes sólo por su fecha de nacimiento es una generalización que no ayuda a la comprensión.

Para repensar este concepto, tradicionalmente considerado una “etapa” de la vida, es imprescindible recapacitar sobre la heterogeneidad social y las diversas formas en que se presenta la condición de *joven*: las clases, las etnias, las migraciones, entre otras condiciones, que marcan profundas desigualdades en la distribución de los recursos, con lo cual la condición de *joven* se altera.

Pero se vuelve necesario contextualizar estas ideas, ya que ser adolescente o joven es socializarse en un determinado tiempo histórico. Y el actual momento

¹¹ “Un cuerpo que cambia y que es necesario vestir de nuevos ropajes, marcarlo, tatuarlo, para poder habitarlo, donde cada identificación supone modos de relación con los otros, códigos de lenguaje, gustos musicales, de los que el adolescente se apropia, sin que signifique que sea definitivamente tal o cual cosa. Lo episódico es propio de la adolescencia. Y donde este proceso se dificulta, encontramos impulsiones, actos violentos, trastornos de la alimentación, intentos de suicidio, regresiones, inhibiciones, etc”. Suteba, Revista La Educación en nuestras manos, N° 74, Noviembre de 2005.

¹² Piaget, Jean. Seis estudios de psicología. Barcelona, Barral, 1975.

es de profundos y veloces cambios, crisis e incertidumbres, que se reflejan en la transformación de valores, normas, mitos, etc. Donde se ve con dificultad la configuración del futuro. Donde están modificándose y son puestos en cuestión la representación social de la familia y los lazos societales; donde ideales como la igualdad o el derecho al trabajo son cuestionados.

En este tiempo, y no en otro, crecen nuestros adolescentes y jóvenes. Lo que nos interpela a los adultos sobre nuestras responsabilidades sociales respecto de la adolescencia y la juventud. El lugar de los adultos es central, la construcción de la subjetividad de adolescentes y jóvenes lo precisa. Asumir, como generación, la necesidad de cuidar y proteger a la que le sucede, supone transformar la escuela en un espacio propiciatorio de la construcción de la subjetividad de los niños/as y de los jóvenes. Acompañarlos en el camino de asumirse sujetos de la historia colectiva.

Sus condiciones de vida

Según el último censo, los adolescentes y jóvenes que tienen entre 13 y 18 años, aquellos que tomaremos en este estudio, constituyen el 11% de la población total de país. Son 3.881.450 personas, de las cuales 1.968.695 (50,72%) corresponden al sexo masculino, y 1.912.755 (49,28%) al femenino.

Veamos algunos datos cuantitativos. Y tengamos presente que los números no sólo cuentan, sino también dan cuenta acerca del tipo de sociedad en la que vivimos, del lugar que destina a los jóvenes, y también del qué nos asigna a cada uno de nosotros. Nos interpela sobre el presente y sobre el proyecto de sociedad futura.

Una de las situaciones más graves, por su magnitud, es el gran crecimiento de la pobreza. Un cuadro que afecta particularmente a los adolescentes y jóvenes. La mitad de la población urbana que vive en la pobreza esta compuesta por niños, adolescentes y jóvenes. Esto es una constante a lo largo de más de una década. Tanto en 1991, como en el 2001, o en la actualidad, tomando las distintas formas de medición de la pobreza, (por NBI como por ingresos).¹³

El gran aumento de la pobreza se dio en la década de los 90. Se debió a la aplicación de las políticas neoliberales primero y la crisis después. La hiperdesocupación, la caída de los salarios, sumergieron a buena parte de los sectores trabajadores y medios en la llamada pobreza por ingresos. Si bien esta había tenido fuertes alzas y bajas, sobre todo en los momentos de picos inflacionarios, en la segunda parte de los 90 se dio un fenómeno nuevo. En un contexto de baja inflación la pobreza por ingresos crecía.¹⁴ Así llegamos al año 2001. En mayo, la pobreza alcanzaba al 26 % de la población, en octubre de ese año llegó al 38 %, para llegar a su pico máximo en el año 2002, cuando llegó a afectar al 58 % de la población. Actualmente (primer semestre del 2006) ha disminuido al 31 % de la población.

Las desigualdades se multiplican en las regiones históricamente postergadas. En el Noreste, el porcentaje de adolescentes y jóvenes bajo la línea de pobreza es del 69.6 %, y bajo la línea de indigencia del 36.6%. La situación es extrema en el Chaco, donde los índices de pobreza se cuadriplican respecto a la Ciudad de Buenos Aires.¹⁵

¹³ Medida por NBI, en 1991 el 50,2 % de los pobres eran niños y adolescentes entre 0 y 17 años. En 1991, eran el 52,7%. INDEC, Censos 1991 y 2001. En: INDEC., Situación de los niños y adolescentes en la Argentina. Buenos Aires, INDEC, 2003, Serie Análisis Social, 2.

¹⁴ Torrado, Susana. La pobreza según se mide. En <http://www.clarin.com/diario/1999/06/10/i-01901d.htm>.

¹⁵ INDEC, "Situación ...".Op. cit.

Como dijimos, adolescentes y jóvenes son grupos fuertemente afectados por la pobreza. Para el área metropolitana (la única para la que presenta datos el estudio consultado del INDEC),¹⁶ en 1991, un 22.8 % de los adolescentes y los jóvenes de 15 a 17 años se encontraban por debajo de la línea de pobreza, para 2001 ese porcentaje se había elevado a un 53.9 %. El aumento fue explosivo en cuanto al número de quienes estaban bajo la línea de indigencia, que pasaron del 3.2 % al 22.2 % en esos años.¹⁷ En los peores años de la crisis (2002-2003), más del 60 % de los niños y los jóvenes se hallaban sumergidos en la pobreza. Si bien hoy la situación ha mejorado relativamente, aún cerca de la mitad de los niños y jóvenes continúan viviendo en la pobreza.

Para el grupo de edad con el que vamos a trabajar en particular, 13 a 18 años, en el año 2005, la pobreza afectaba al 49,19%, y la indigencia al 19.46 %, de acuerdo a cifras de la Encuesta Permanente de Hogares, medida por el método de ingresos.¹⁸

Este proceso no está desligado de la profunda crisis que vive el mundo, provocada por la mundialización capitalista, la revolución tecnológica, la desestructuración del estado, la transformación y caída, en muchos casos, de los lazos sociales, los valores y creencias que durante largo tiempo acompañaron la existencia humana.

En este marco la adolescencia y la juventud suelen asociarse con graves problemas sociales: violencia, drogas, SIDA, etc. En realidad, ellos son las más de las veces sus víctimas principales.

Tomemos una de estas problemáticas, la violencia, cuestión que merece una reflexión profunda. Sin duda es un problema que afecta a los jóvenes. Los medios suelen mostrar una juventud violenta, más que una juventud que sufre la violencia. Asumiendo que así fuera: ¿dónde fueron aprendidas estas conductas, sino en el mundo adulto? Vivimos en un mundo de creciente violencia. Asistimos al genocidio de un continente, provocado por hambre, sida, guerras, entre otros factores (África); o a las nuevas guerras del imperio (Irak).

En nuestro país, también son formas de violencia los atentados contra la dignidad humana que los jóvenes viven a cada momento: falta de trabajo / trabajo precario, falta de cobertura de la salud, hábitat precario, hambre, desnutrición, etc. Y remontándonos atrás en el tiempo, la mayoría de los desaparecidos durante la última dictadura militar, o los “chicos de la Guerra” de Malvinas, también eran jóvenes.

Para muchos adolescentes y jóvenes, sobre todo en los suburbios de las grandes ciudades, la vida no tiene valor, un “día a día” donde la posibilidad de muerte se da en cada momento. La agresión que ellos sufren iguala o supera la que pueden ejercer: gatillo fácil, maltrato, abuso infantil, filicidios.

De 102 civiles muertos en enfrentamientos con las fuerzas de seguridad en el Gran Buenos Aires, en el año 2000, más del 42 % tenía menos de 21 años; 27 eran menores de 18 años de edad. Un informe del CELS nos dice que el número de niños, niñas y adolescentes privados de libertad se triplicó entre 1991 y 2001.¹⁹ No puede obviarse la acción de los escuadrones de la muerte; o las prácticas policiales y judiciales violentas: pésimas condiciones de privación

¹⁶ Limitaciones metodológica le impiden calcular la incidencia de la pobreza en el resto de los aglomerados urbanos. INDEC, “Situación ...” .Op. cit.

¹⁷ INDEC, EPH, segundo semestre de 2005.

¹⁸ INDEC, Encuesta Permanente de Hogares, 2do semestre de 2005.

¹⁹ Pasando de 5.086 en 1991 a 14.195 en el 2001. Datos a diciembre de 2001. Fuente: Ministerio de Seguridad de la provincia de Buenos Aires.

de la libertad, malos tratos y torturas en dependencias policiales, penales o asistenciales, en instituciones dependientes del Consejo del Menor.

No es mejor su situación respecto al trabajo. La mayor desocupación se da entre los jóvenes. Entre 1991 y la actualidad (2006), la desocupación se duplicó entre los jóvenes de 13 a 18 años, pasando del 17 % al 34 %.²⁰

Los jóvenes sufren además una gran precariedad en sus condiciones de trabajo. Como mínimo, cuatro de cada cinco de los doscientos veinte mil jóvenes que hoy se encuentran ocupados tienen una inserción laboral informal.²¹

Hay además una gran disparidad social en la inserción laboral. Se destaca la temprana inserción en la actividad económica de los jóvenes de los estratos más pobres. La tasa de actividad del estrato más bajo (10,3%) quintuplica a la del estrato más alto (2,1%).

Tampoco su situación respecto de la salud es buena. La cobertura de salud está claramente asociada a la pobreza.²² El 41.5% de los jóvenes no tienen cobertura de salud. Pero mientras entre los jóvenes pobres ese porcentaje es del 65.8%, entre los adolescentes y jóvenes sin NBI es solo el 35.3 %.²³

Las principales causas de muerte entre los adolescentes son las que se denominan externas: accidentes, agresiones, suicidios, etc. Representan el 63.4 % de las muertes de los adolescentes de 15 a 17 años,²⁴ profundizando la incidencia en la última década. Los suicidios en el 90 fueron del 5.7 % y en el 2000 el 10.5 %, las agresiones 8.5 % y 10.5 % y otras causas externas de muerte el 10.3% y 13.2%, respectivamente. El crecimiento de las muertes por causas violentas, si se analizan por sexo, afectan mas a los varones, con la excepción de los suicidios, que cobran mayor significación entre las mujeres. Su incidencia casi se duplica entre 1990 y el 2000.

Al referirnos a la violencia, entonces, debemos considerar todas las cuestiones enumeradas, entre otras que afectan a los adolescentes y jóvenes.

La familia y la comunidad cumplieron históricamente un rol en la transmisión de experiencia de vida, en la configuración de la identidad del adolescente. Hoy, los medios de comunicación ocupan un lugar privilegiado como trasmisores de información, que consideran al joven como público consumidor. Contradictoriamente con las condiciones de vida descritas más arriba, los medios y la publicidad en general transmiten un imaginario que supone que hay que llegar a la adolescencia e instalarse en ella para siempre, utilizan una estética que privilegia al joven (venden gimnasia, regímenes, moda, cirugía plástica, etc.), la juventud no es ya una etapa de la vida, sino un producto.

Este cuadro no puede desligarse de la falta de perspectivas que nuestra sociedad les plantea a los jóvenes, a los que más bien parece temerles, antes que abrirles una perspectiva de futuro. Para la inmensa mayoría, los jóvenes excluidos o que viven al borde la exclusión, la meta ofrecida puede simbolizarse en la posibilidad de conseguir un trabajo de repositor en algún supermercado, u otro empleo similar en "blanco". Sin desmerecer la importancia que pueda tener para ellos, no podemos dejar de señalar que ese

²⁰ INDEC, EPH, Primer trimestre 2006.

²¹ Si consideramos como aproximación a la misma a aquellos que se desempeñan como trabajadores familiares sin remuneración o asalariados sin descuento ni aportes jubilatorios. INDEC, EPH, segundo semestre de 2005.

²² Cobertura médica (obra social, plan médico o mutual), más allá de la que brinda el sector público.

²³ INDEC, Procesamientos especiales, DESCNPYV, 1991.

²⁴ Siendo 68 % en varones y el 51 % en mujeres.

es el umbral más bajo de la inclusión. Y nada indica que la mayor parte de esos jóvenes lleguen a conseguir ese empleo. Antes bien, para la mayor parte de ellos, la inestabilidad, la precariedad y la continuidad de la pobreza son el “destino” que el sistema les ha asignado. Nosotros pensamos, por el contrario, en la posibilidad de un futuro distinto, de “otro mundo posible”, que cotidianamente intentamos construir.²⁵

En esta compleja realidad, muchas veces la escuela secundaria ve pasar a los jóvenes sin tener en claro qué hacer con ellos.

Es que en su modelo escolar aún pervive en parte el sentido original – elitista y selectivo - con la que fue creada por Mitre, elitismo que se expresaba en términos estadísticos en que sólo el 1 % de los jóvenes accedía a la educación secundaria, pero que también se mostraba en el modelo político académico del “Colegio Nacional”.²⁶

Este es un elemento presente a la hora de pensar porque a la escuela secundaria le cuesta establecer otros lazos con una sociedad donde las nuevas tecnologías expanden las posibilidades de la comunicación, generan nuevas culturas y posibilitan el desarrollo de nuevas habilidades y formas de construcción del conocimiento. Un cambio cultural tan profundo exige que la escuela “dialogue” con otros lenguajes, con todas las manifestaciones culturales del contexto: con las imágenes, con Internet, con las nuevas formas de habitar el mundo que tienen los jóvenes, que en muchos puntos nos son extraños a los adultos.

Tampoco la escuela secundaria tradicional, formada para hacer efectiva la selectividad social, sabe como incorporar a los millones de adolescentes y jóvenes que viven (o sobreviven) en condiciones sociales muy adversas, de exclusión, explotación y marginación.

En estos sentidos, la educación puede tener gran importancia para los adolescentes y los jóvenes. La escuela puede ser un espacio propiciatorio para la construcción de la subjetividad juvenil, que posibilite el desarrollo de sus potencialidades individuales y colectivas, su afecto, inteligencia, creatividad y sociabilidad. Un espacio en el que se desarrolle una praxis liberadora, que permita romper la “existencia-destino” a la que parecen condenados, de antemano, los millones de adolescentes y jóvenes excluidos social y educativamente. Un espacio que incorpore los nuevos conocimientos que hoy la sociedad está generando, para trazar un nuevo proyecto societal.

En este marco, la disputa por la educación y el conocimiento forma parte indisoluble de la lucha por la distribución justa de las riquezas.

2. ASISTENCIA A LA ESCUELA, O EL MAPA DE LA DESIGUALDAD EDUCATIVA

En este apartado analizaremos como se despliega el “mapa de la desigualdad educativa”, considerando la asistencia de los adolescentes y jóvenes a la

²⁵ Tercer Congreso Educativo de CTERA (2005).

²⁶ Los alumnos de colegios nacionales pasaron de unos 1.500 en 1869 a unos 3.000 hacia fines de la década del '80. Si consideramos a los alumnos de las escuelas normales, podemos sumar, hacia fines de esa década, unos 1.000 alumnos más. En tanto, la población de entre 15 y 20 años, entre el primer y el segundo censo (1869 / 1895), pasó de 190.000 a casi 400.000 jóvenes. Tedesco, Juan Carlos. “Educación y Sociedad en la Argentina (1880-1900). Buenos Aires, CEAL, 1982,

escuela. Este mapa muestra los diversos niveles de exclusión y desigualdad educativa que los mismos sufren.

Para el análisis consideraremos, por una parte, la asistencia en general a la escuela, sin discriminar el nivel educativo al cual concurren los chicos y chicas, con la finalidad de realizar una aproximación general a sus niveles de escolarización. Luego, profundizaremos en la asistencia al nivel secundario, objeto de preocupación especial de este trabajo.

Veremos como los condicionantes económico-sociales inciden en la desigualdad de la asistencia a la escuela, sea entre las diferentes regiones del país, o entre los diferentes grupos sociales. También que la escolaridad disminuye a medida que aumenta la edad, así como las diferencias en la asistencia por sexo y zona rural o urbana.

La base de datos que utilizaremos es el Censo 2001, la más amplia y apropiada para un estudio que nos permita cruzar distintas variables (regiones, pobreza, edad y sexo), abarcando información de todo el país.

Vale señalar que si bien han transcurrido varios años desde la realización del Censo, los aspectos centrales, estructurales que queremos destacar, no han variado en lo sustancial. Pues estamos correlacionando con la educación dos variables, la que suele llamarse “pobreza estructural”, por una parte, y las diferencias regionales, por otra, que no se han modificado en lo sustantivo, justamente por su carácter estructural.

Consideraremos la escolaridad de los jóvenes de 13 a 18 años, porque a los 18 años hay aún una gran cantidad de chicos que se encuentran cursando la escuela secundaria.²⁷

Es preciso aclarar a que nos referimos cuando hablamos de nivel secundario.²⁸

Las dificultades se presentan debido a que en nuestro país conviven distintas estructuras del sistema educativo, y no es tan claro lo que hoy es el nivel medio. Siendo una muestra acabada de la fragmentación provocada por la aplicación de la Ley Federal de Educación.²⁹

De acuerdo a las definiciones adoptadas en CTERA, consideramos como nivel secundario – en términos generales - tanto a la antigua estructura de 5 o 6 años de secundaria, que subsistió en varias provincias; como a la sumatoria del tramo que abarca el tercer ciclo de EGB y el Polimodal, en sus distintas variantes, o a la sumatoria de escuela intermedia y Polimodal, dependiendo de la estructura del sistema de cada provincia.³⁰ Pero subsiste el problema que, más allá de que consideremos a este conjunto como “escuelas secundarias”, lo

²⁷ Se suele tomar 17 años, la edad en la que “teóricamente” se cursa el último año de la escuela secundaria, pero nosotros preferimos tomar 18 años, por dos motivos. En primer lugar, porque por el momento del año en que se tomó el censo, hay un grupo importante de alumnos que comenzaron el último año de secundario con 17 años, pero cumplieron 18 años entre el 30 de junio y la fecha en que se tomó el censo, y por lo tanto están en edad de estar cursando el secundario. En segundo término, porque hay muchos chicos que aún están a los 18 años en el secundario con sobreedad.

²⁸ También aclaramos que si bien en algún momento hablamos de escuela media como sinónimo de escuela secundaria, es más por un motivo de expresión que conceptual. Pues desde CTERA hemos definido que acordamos con el concepto de escuela secundaria y no con el de escuela media.

²⁹ A la luz de los resultados de la aplicación de las políticas neoliberales, tal vez sería más correcto hablar del “estallido” del sistema educativo, que provocó un grado de fragmentación inédito en la historia de la educación argentina. En este sentido, retomamos una metáfora que se ha utilizado para describir los efectos de la reforma: fue como una bomba colocada en el sistema, que buscaba justamente este efecto, su fragmentación.

³⁰ Como lo hemos señalado en varios informes anteriores, en particular en el N° 2 nuestro sistema educativo ha sido desarticulado, desmembrado, dispersado y desestructurado, al punto que el Ministerio de Educación reconoce 50 estructuras distintas, entre tipos y subtipos.

real es que hoy no existe un nivel secundario en nuestro país, sino distintas estructuras, con dispar cantidad de años y formas de organización.³¹

Por ello hemos considerado necesario tomar un patrón de análisis, un referente que necesariamente tiene que ser abstracto, pues no existe como tal en la realidad. Pero es preciso para poder tener una visión “panorámica” del sistema educativo y de la asistencia por edad, para establecer comparaciones entre las distintas provincias y regiones, cuando – en el conjunto del país – los adolescentes y jóvenes ingresan en la escuela, como es su tránsito, cuando egresan.

Puestos en la alternativa, hemos optado por considerar la antigua estructura como parámetro, es decir una escuela primaria de 7 años y secundaria de 5 años como medida del análisis. En esta decisión ha incidido, por una parte, el peso histórico que la tradicional estructura del sistema educativo conserva aún en el imaginario social. Por otra, en la medida en que realizamos algún tipo de comparación y reflexión histórica sobre el desarrollo del nivel, sin duda resulta más apropiado utilizar este parámetro.

Esta decisión hace que – en un sentido - las apreciaciones que hagamos resulten generalizaciones, que no necesariamente tienen un referente concreto en la realidad todas las provincias. Si existen los adolescentes y jóvenes que concurren, en cada edad determinada, a la escuela. Cuando decimos “asistencia a la escuela secundaria” o “asistencia a la escuela primaria”, en realidad hablamos de “asistencia a un año tal que nosotros consideramos como enseñanza primaria o secundaria”. En la realidad de cada provincia del país, ese alumno está asistiendo a una de las cincuenta estructuras y subestructuras realmente existentes. Un análisis pormenorizado, que tenga en cuenta todas estas realidades concretas, no sólo escapa a la posibilidad de este trabajo, sino a su objetivo, que es brindar una visión global.

A la vez, tomaremos otros dos parámetros, que ya hemos señalado que nos parecen relevantes, y que complementan la mirada sobre el sistema educativo. El primero, la terminalidad de la enseñanza obligatoria (en 9º año de EGB, o 2º de la antigua secundaria). El segundo, la terminalidad de la enseñanza secundaria (5º año del secundario o 3º del Polimodal).

Algunos rasgos del desarrollo histórico del secundario en la Argentina.

Queremos señalar algunas de las características que ha tenido el desarrollo del nivel secundario en nuestro país a lo largo de su historia: su fuerte expansión en los últimos cincuenta años, el carácter desigual de la misma (social y regional), y la progresiva pérdida de “valor social” de los estudios secundarios.

Ya indicamos que la escuela secundaria fue, desde su organización a mediados del siglo XIX y durante muchas décadas, un nivel educativo al que sólo una minoría tenía acceso, al contrario que lo que ocurría con la escuela primaria.³² Esa característica se mantuvo hasta que, a partir de los grandes cambios sociales, económicos, político y culturales que transformaron a la

³¹ A esta fragmentación, de por sí evidente, debemos sumarle el interrogante por los conocimientos que se enseñan en las distintas estructuras, en los años equivalentes. La pregunta aquí es hasta donde tienen o no algún grado de equivalencia. No sólo nosotros tenemos motivos para dudar. Los NAP que el gobierno está llevando adelante son el reconocimiento de la fragmentación que también se observa en el plano de los conocimientos enseñados a lo largo del país.

³² En 1914 el porcentaje de la población de 13 a 18 años matriculado en la enseñanza media era del 3 %. En tanto, el 48 % de los niños de 6 a 14 años se encontraban matriculados en la escuela. Tedesco, Juan Carlos. “La educación argentina 1930-1955. En: Primera Historia Integral, Buenos Aires, CEAL, N° 57, 1980, pp. 113-114

sociedad argentina entre 1930 y 1945, con el peronismo comenzó un proceso de expansión del ingreso a la escuela secundaria.

A partir de este momento se da un proceso de sostenido crecimiento de la asistencia a la escuela de los adolescentes y los jóvenes. Si en 1960 concurrían un 41,6 % de entre 13 y 18 años,³³ para 1980 el porcentaje había crecido al 58 %, siendo en el 2001 del 81 %.³⁴

Particularmente se expandió la población que concurría a la escuela secundaria. En 1960 eran un 23,5 % de los adolescente y jóvenes. Para 1980 lo hacían el 40 %. Y en la actualidad el 64 %. El ritmo de crecimiento de nivel secundario fue mayor que el de la asistencia a la escuela en general.³⁵

Considerada en términos porcentuales, la cantidad de alumnos de la escuela secundaria se triplicó en los últimos cuarenta años. Pero en términos absolutos, se quintuplicó, pues los adolescentes y jóvenes que estudiaban en la escuela secundaria en 1960 eran 481.000,³⁶ y en el 2001 cerca de 2.500.000.

Pero así como se ve esta expansión del nivel secundario, también se puede observar que ese crecimiento se verificó en una forma tal, que llevó a un sistema polarizado, con fuertes disparidades regionales.³⁷

Al analizar la escolarización a los 14 años, en 1980, se veía la existencia de tres situaciones provinciales diferenciadas. Un grupo de provincias que exhibían altos niveles de escolarización de la enseñanza secundaria, por encima o cercano al promedio nacional conjuntamente con bajas tasas de escolaridad primaria.³⁸ Es decir, la mayor parte de los alumnos ya habían pasado al nivel secundario. Un segundo grupo de provincias, presentaba niveles de escolarización secundaria mayores al promedio nacional, pero con niveles de retraso en la escolaridad primaria.³⁹ En este sentido, tenían una estructura más "dual", donde convivían altos niveles de pasaje a la escolaridad secundaria con retraso en la primaria. Por último se encontraba un tercer grupo, con un alto retraso en la escolaridad primaria y tasas de escolaridad secundaria por debajo del promedio nacional.⁴⁰ Esta fuerte diferenciación regional se ha mantenido en las últimas décadas, como veremos.

Pero la polarización del sistema no es sólo producto de una estructura regional con fuertes asimetrías, sino que mostraba claramente como el acceso desigual a la educación era un resultado de las desiguales relaciones de poder existente en la sociedad entre las distintas clases y grupos sociales. Sobre la base de la información del censo de 1980, esta polarización social se expresaba en el

³³ Censo de Población 1960. Citado en: Paviglianitti, Norma. Diagnóstico de la Administración central de la educación. Buenos Aires, Ministerio de Educación y Justicia, Estudios y Documentos, 1, abril 1988.

³⁴ La tasa de crecimiento global en cada subperíodo es prácticamente la misma: de un 39,42 % entre 1960 y 1980; y del 39,66 % entre este último año y el 2001.

³⁵ La tasa de crecimiento es sensiblemente mayor para el nivel secundario que para el crecimiento total. Y también es mayor para el primer subperíodo (del 70 %) que para el segundo, donde fue de 60 %.

³⁶ *Idem.*

³⁷ Esta es la opinión que expresa Norma Paviglianitti en su trabajo ya citado.

³⁸ En este grupo se encontraban la Capital Federal, y las provincias de Córdoba, Santa Fe, Buenos Aires, Mendoza y La Pampa. Su tasa de escolarización enseñanza secundaria va del 77 % al 45 %, mientras que las tasas de escolaridad primaria se ubican entre el 11 % y el 25 %. Paviglianitti, Norma. *Op cit.*, pgs. 27 y 222.

³⁹ En ese segundo grupo estaban Santa Cruz, Tierra del Fuego, San Juan, Chubut, Tucumán, San Luis y Entre Ríos. Las tasas de escolarización secundaria se ubicaban entre el 45 % y el 40 %, las de la escolaridad primaria entre el 41 % y el 32 %. Paviglianitti, Norma. *Op cit.*

⁴⁰ En él estaban Jujuy, Catamarca, La Rioja, Salta Neuquén, Corrientes, Formosa, Río Negro, Misiones, Santiago del Estero y Chaco. Las tasas de escolaridad primaria iban del 53 % al 38 % y las de escolaridad secundaria entre 38 % y 23 %. Paviglianitti, Norma. *Op cit.*

hecho que mientras la tasa de escolarización para el nivel secundario para la clase media oscilaba entre el 80 % y el 54 % (según sus diferentes estratos), para la clase obrera la escolarización variaba entre el 33 % y el 16 % (obreros calificados y no calificados, respectivamente).⁴¹

Por otra parte, otro hecho significativo es que, en la medida en que se fue masificando este nivel de enseñanza, entró en crisis su sentido. Hay una progresiva pérdida de valor social de los estudios (y el título) secundario. No era lo mismo tener la escolaridad secundaria completa a comienzos de siglo XX, en 1950 o en 1990. En este proceso, buena parte de las carreras técnicas que en un comienzo pertenecían al nivel secundario, pasan al terciario. También se da el fenómeno que suele denominar como “inflación de títulos”, proceso muy ligado a lo que ocurre con el mercado de trabajo. La gran desocupación de los ’90 termina devaluando el título secundario, cuando se convierte en una exigencia en casi todo el sector formal de la economía, aunque en términos estrictos de los puestos de trabajo para los que demandan trabajadores represente una “sobrecalificación”. De hecho, hoy prácticamente se ha convertido en la norma para el ingreso al trabajo formal. Informes recientes del Ministerio de Trabajo indican que aproximadamente el 90 % de los puestos de trabajo creados en la economía formal en los últimos años tenían incorporada como una de sus exigencias poseer el título secundario. Con todo lo dicho hasta aquí, básicamente queremos señalar la necesidad de contextualizar históricamente la lectura de los datos cuantitativos, que suelen presentarse con la sola idea de un constante “progreso educacional”. Es preciso analizar el “valor social” de estos estudios, como el mismo se transforma a través del tiempo, a la par que las mismas sociedades cambian.

2.1. ESCOLARIZACIÓN EN GENERAL

El conjunto de la población de adolescentes y jóvenes de 13 a 18 años suma aproximadamente 3.900.000 jóvenes. Al analizar el porcentaje de concurrencia a la escuela, puede decirse que éste es relativamente alto,⁴² 3.140.000 adolescentes y jóvenes, casi el 81 % que van a la escuela, mientras que un 19 % no estudian. Dentro de este último grupo se encuentran quienes nunca concurrieron a la escuela, un total de 28.600 adolescentes y jóvenes, el 0,74 % del total, y quienes han dejado de estudiar (18,32 %), en situaciones por cierto muy disímiles.

Es claro que no todos estos adolescentes y jóvenes concurren a la escuela secundaria. Si observamos la asistencia a los distintos niveles educativos, un 64 % concurren a la escuela secundaria, un 14 % a la escuela primaria, y un 2 % al nivel superior.⁴³

⁴¹ Torrado, Susana. “Estructura social de la Argentina 1945-1983. Buenos Aires, De la Flor, 1992, p. 375.

⁴² Decimos esto en función de la comparación histórica, teniendo en cuenta – como ya señalamos – el crecimiento de los últimos cincuenta años en la escolaridad.

⁴³ Esta discriminación es importante, pues a veces se homologa directamente la asistencia de este grupo de edad con el nivel al que supuestamente corresponde que concurren, suponiendo que todos van a la secundaria. Como se observa no es así.

CUADRO 1: Población de 13 a 18 años según asistencia escolar por niveles.

Población de 13 a 18 años		Nivel de estudio que cursa		
Total	Estudian	Primaria	Secundaria	Superior
3.881.450	3.141.709	566.329	2.494.205	81.175
100,00 %	80,94%	14,59%	64,26%	2,09%

Fuente: Elaboración propia sobre la base del Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

Desigualdad en la asistencia por edad

A continuación abordaremos una cuestión que parece “obvia” pero que no lo es y reviste importancia. Como a medida que aumenta la edad, disminuye el porcentaje de escolarización. Mientras que entre los 13 y 14 años más del 90 % de los chicos concurren a la escuela, a los 17 y 18 años los porcentajes de escolarización son significativamente inferiores. Así, el 72 % de los chicos de 17 años van a la escuela, y ese porcentaje desciende al 58 % para los chicos de 18 años.

En definitiva, entre los 13 y los 18 años casi un 40 % de los adolescentes y los jóvenes dejan de estudiar. Es decir, se ve un proceso de progresiva exclusión a medida que aumenta la edad.

CUADRO 2: Concurrencia a la escuela según edad. Total del país.

Años	Población Total	Porcentaje que concurre a la escuela	Porcentaje que no concurre a la escuela
13	668.646	95,64 %	4,36 %
14	668.613	91,92 %	8,08 %
15	662.686	86,08 %	13,92 %
16	637.709	79,31 %	20,69 %
17	621.577	72,37 %	27,63 %
18	622.219	58,11 %	41,89 %

Fuente: Elaboración propia sobre datos del Censo Nacional 2001. INDEC.

Lo significativo es que los jóvenes no dejan de estudiar –al menos la mayoría-, porque hayan culminado sus estudios. Los jóvenes de 18 años que ya no siguen estudiando son un 42 %, pero mientras sólo un 7,1 % (sobre el total de los jóvenes de esa edad) completó el secundario, el 28 % dejó de estudiar con secundario incompleto o primario completo, y un 6,7 % no terminó la primaria o nunca asistió a la escuela. En total, casi el 35 % de los jóvenes de 18 años.⁴⁴

Es decir que la gran mayoría de este grupo de jóvenes que ya no estudian son excluidos de la escuela secundaria, y aun hay otro grupo de excluidos de la primaria. Surge aquí el otro problema que habíamos señalado, el de la terminalidad de la enseñanza obligatoria.

No se cumple la obligatoriedad de la enseñanza

Una cuestión a resaltar es que, justamente como resultado de este proceso de exclusión, un porcentaje de los adolescentes de 13 y 14 años, sin duda comprendidos dentro de la obligatoriedad escolar, no concurren a la escuela. Ello indica que no terminan la escolaridad obligatoria.

Un 8 % de los adolescentes de 14 años han dejado sus estudios sin completar la escolaridad obligatoria. Ellos sufren el grado más alto de exclusión

⁴⁴ Datos elaboración propia sobre Censo 2001.

educativa. Son en total 54.000 adolescentes. Si proyectamos esta situación en el futuro, en 10 años serán más de medio millón de jóvenes. Si consideramos a los chicos de 13 años excluidos, sumariamos 83.000 adolescentes. En el caso de quienes concurren a sistemas educativos provinciales que certifican el primer nivel de escolaridad a los nueve años, que son los más, quedan sin ningún certificado.

Por cierto, si incorporamos a este análisis otras fuentes de información, encontramos que éstas dan unos niveles muy superiores de incumplimiento de la obligatoriedad escolar.

Un estudio del Ministerio de Educación de la Nación indica que la terminalidad de la Enseñanza General Básica es sensiblemente más baja, de alrededor del 66 % de los adolescentes y jóvenes.⁴⁵ Se considera incluso al elaborar ese dato no sólo a los alumnos que terminan exactamente en la edad correspondiente, sino a los que toman hasta dos años más en culminar la enseñanza básica.

Si consideramos que los grupos de edades simples que corresponden a esos años están compuestos por alrededor de seiscientos a seiscientos cincuenta mil jóvenes, esto nos indicaría que sólo entre cuatrocientos y cuatrocientos cincuenta mil jóvenes terminan la escolaridad obligatoria en estos plazos, mientras que entre doscientos y doscientos cincuenta mil no.

Es cierto que, como el propio informe lo señala, seguramente con la intención de relativizar un dato tan contundente como que un tercio de los alumnos no terminan la escolaridad obligatoria en un tiempo en apariencia relativamente razonable, un análisis de la escolaridad que la población manifiesta haber alcanzado a través del censo del 2001, muestra que los niveles de escolaridad son mayores. Es decir, los jóvenes continúan estudiando, ya sea en la escuela común, como en la de adultos. Pero esto tampoco nos muestra una situación idílica, ni mucho menos.

Para profundizar sobre este punto es preciso hacer análisis más situado, tomando una provincia en particular para ejemplificar. Un análisis de la escolaridad de los jóvenes de 17 años de la provincia de Buenos Aires, hecho sobre la base del Censo 2001, muestra que cerca de un diecinueve por ciento de los jóvenes y adolescentes no terminaron la escolaridad obligatoria. Sólo un 74,8 % aprobaron la EGB; mientras que un 6,8 % terminaron la escolaridad primaria. En total, el 81,6 % de los jóvenes tenían alguna certificación de escolaridad, mientras el 18,4 % no tenía ninguno. Esos jóvenes eran 228.000, hablamos de casi 42.000 jóvenes sin ninguna certificación. Es cierto que un 11,5 % de los jóvenes sin certificados siguen estudiando (en EGB, muchos seguramente en educación de adultos). Eso no significa que todos vayan a terminar.

En tanto, entre quienes ya no estudian, un 0,5 % nunca asistieron a la escuela, un 2,9 % comenzaron y no terminaron la escuela primaria; mientras que un 3,4 % tenía cursada EGB incompleta. En total, un 6,8 % sin ningún título.⁴⁶

Lo que queremos mostrar con este análisis es que el 8 % de adolescentes que a los 14 años ya no continúan estudiando es el "piso" que debemos considerar al analizar cuantos jóvenes no terminan la escolaridad obligatoria. Si bien no nos detendremos a hacer un análisis detallado de este tema, que excede las

⁴⁵ La cifra exacta es del 65,7 %. Elaborado por el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología. En: Argentina. Consejo Nacional de Coordinación de Políticas Sociales. "Objetivos de desarrollo del Milenio. Informe país 2005". Buenos Aires, Presidencia de la Nación, s/f. ed.

⁴⁶ Análisis propio sobre el Censo 2001.

posibilidades del trabajo, señalemos que no nos parece descabellado pensar que quienes no terminan puedan ser más que quienes no terminaban la escolaridad obligatoria antes de la reforma.⁴⁷ En aquel momento terminaban la escuela primaria cerca del 90 % de los chicos.⁴⁸

Desigualdad en la asistencia por edad y niveles

Si consideramos como se desagrega la concurrencia a cada nivel, de acuerdo a la edad, veremos que a los 13 años son mayoría quienes concurren a la escuela primaria, mientras que a los 14 años ya la concurrencia a la escuela secundaria es una amplia mayoría (casi tres cuartos de los adolescentes de esa edad), para alcanzar el pico en la asistencia a los 15 años, llegando casi al 80 % de los adolescentes. Luego desciende, a los 16 y 17 años el porcentaje de asistencia a la secundaria aún es superior al 70 %. A los 18 años hay una caída significativa en la asistencia a la escuela secundaria, y a la vez, comienza a incrementarse el porcentaje de jóvenes que acceden al nivel superior, más del 12 %.

CUADRO 3: Asistencia escolar de la población de 13 a 18 años según edad por niveles. 2001. (en porcentajes)

Edad	Porcentaje que estudia	Nivel de estudio que cursan		
		Primario	Secundario	Superior
13	95,64%	54,17%	41,47%	0,00%
14	91,92%	17,40%	74,52%	0,00%
15	86,08%	7,48%	78,60%	0,00%
16	79,31%	3,13%	76,10%	0,09%
17	72,37%	1,73%	70,34%	0,30%
18	58,11%	1,21%	44,24%	12,66%

Fuente: Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

Por cierto, resulta importante señalar que a los 15 años, “en la realidad” una gran cantidad de alumnos se encuentra cursando 8vo y 9no año de EGB (en las provincias donde en 2001 ya se había implementado la reforma), por lo cual puede plantearse que han ingresado en la secundaria “relativamente”. Si tomamos esa otra perspectiva, están en la EGB “primarizada”, y ello podría explicar que luego el índice descienda, cuando terminan ese nivel, entre los 15 y los 16 años.⁴⁹

Diferencias en la escolarización por sexo

Pasaremos ahora a considerar la escolarización de acuerdo al sexo.

⁴⁷ El 3,4 % de alumnos que consignamos que no completaron EGB, son alumnos que cursaron 7º y 8º año, es decir, el Tercer Ciclo. Los altos índices de repitencia y abandono en el Tercer Ciclo que muestra la estadística oficial, nos llevan a evaluar como probable este aumento en la no terminalidad. Otro indicador es el aumento significativo en la matrícula de EGB de Adultos, compuesta mayoritariamente por adolescentes y jóvenes. Al parecer, esta modalidad se encargaría – en muchos, no todos los casos -, de brindar la terminalidad de estos jóvenes. Ello también nos hablaría de la constitución de un subcircuito, encaminado a cubrir el fracaso de la reforma en su promesa de garantizar la “inclusión”.

⁴⁸ De acuerdo a los datos que brinda el censo 91, entre los 15 y los 19 años y los 20 y los 24 años, la terminalidad de la escuela secundaria se ubicaba entre un 88,82 % y un 89,20 %. (cuadro P7, máximo nivel educativo alcanzado)

⁴⁹ Si consignáramos los datos del cuadro 3 contemplando la asistencia a EGB, Polimodal y Superior, el resultado sería muy diferente. Así, a los 15 años, concurre un 54,8 % de adolescentes a la EGB, y un 31,2 % al Polimodal. Lo que nos permite ver que en realidad, del 78,6 % de asistencia consignada para el secundario en el cuadro 3 (que señalamos era el mayor momento de asistencia), un 47,4 % concurren a los dos primeros años de secundario (en muchas provincias, 8º y 9º de EGB), mientras que sólo el otro 31 % concurren a los tres últimos años de secundario (o Polimodal).

Lo que puede observarse, en términos generales, es que las mujeres concurren más que los varones a la escuela. En promedio, un 3,5 %, aproximadamente, en el conjunto de los adolescentes y los jóvenes.

CUADRO 4: Asistencia escolar de la población de 13 a 18 años según sexo (en porcentajes).

Asistencia	Varón	Mujer
Porcentaje que asiste	79,27 %	82,66 %
Porcentaje que no asiste	20,73 %	17,34 %
Total	100 %	100 %

Fuente: Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

La diferencia va aumentando con los años. Si a los 13 o 14 años es pequeña, (0,8 % o 1,7 %, respectivamente), a los 17 y 18 años ya hay una diferencia que llega a los cinco puntos.

CUADRO 5: Asistencia de la población de 13 a 18 años según edad por sexo (en porcentajes)

Edad	No asisten a la escuela	
	Varón	Mujer
13	4,76%	3,95%
14	8,91%	7,23%
15	15,39%	12,42%
16	22,87%	18,42%
17	30,33%	24,87%
18	44,35%	39,32%

Fuente: Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

Si analizamos a que niveles concurren los chicos y chicas que van a la escuela, vemos que las chicas concurren en mayor medida al secundario y al superior que los varones (66 % vs. 63 %).

CUADRO 6: Asistencia de la población de 13 a 18 años según sexo por nivel (en porcentajes)

Asistencia	Varón	Mujer
No asiste	20,73%	17,34%
Asiste a primaria	15,71%	13,43%
Asiste a secundaria	62,04%	66,55%
Asiste a superior	1,52%	2,68%
Total	100%	100%

Fuente: Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

Diferencias en la escolarización por área urbana o rural

Por último, otro aspecto que tomaremos en consideración son las diferencias en la escolarización de acuerdo al hábitat, rural o urbano.

Las diferencias son muy marcadas. En términos generales se observa que los adolescentes y jóvenes de las zonas rurales concurren sensiblemente menos que los de las zonas urbanas. Sobre todo en las zonas donde la población se encuentra más dispersa. Allí, el 43 % de los adolescentes y los jóvenes no van a la escuela. En las zonas donde la población rural se encuentra un poco más concentrada, la concurrencia es mayor, aunque de todas formas sigue siendo inferior a la que se hay en las zonas urbanas.

CUADRO 7: Asistencia de la población de 13 a 18 años según área urbana o rural (en porcentajes)

	Urbana, 2000 personas y más	Rural, agrupada menos de 2000 personas	Rural Dispersa
Asisten	16,64%	25,86%	43,33%
No asisten	83,36%	74,14%	56,67%
Total	100,00%	100,00%	100,00%

Fuente: Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

Si bien hay que tener presente que casi el noventa por ciento de la población del país vive en zonas urbanas (el 88 %), no puede dejar de señalarse la gran desigualdad existente con la población que vive en zonas rurales, sobre todo en las zonas más alejadas.

Al igual que en la escolarización por sexo, la diferencia va aumentando con los años. A los 13 años la diferencia ya es bastante significativa, pues mientras un 14 % de adolescentes no concurren a la escuela en las zonas rurales más dispersas, en las zonas urbanas apenas son un 3,3 % quienes no van a la escuela. Es decir, ya hay más de 10 puntos de diferencia. Pero a los 14 años esa diferencia se eleva a 20 puntos; a los 15 años a casi 30 puntos; y a los 17 años a 35 puntos.

CUADRO 8. Población que no asiste a la escuela según edad por área urbana o rural (en porcentajes)

Edad	Población que no asiste por área geográfica		
	Urbana de 2000 personas y más	Rural agrupada menos de 2000 personas	Rural dispersa
13	3,37%	6,28%	14,16%
14	6,30%	11,55%	26,10%
15	11,34%	20,33%	39,78%
16	13,50%	28,23%	44,63%
17	24,34%	38,37%	61,67%
18	38,75%	54,94%	73,31%
13 a 18	100,00%	100,00%	100,00%

Fuente: Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

Si desagregamos a que nivel concurren, vemos que mientras los adolescentes y jóvenes de las zonas rurales alejadas concurren más a la escuela primaria, los jóvenes de las zonas urbanas lo hacen en mayor medida a la secundaria. Tomando el caso de los adolescentes de 14 años, mientras un 77,5 % de los chicos de zonas urbanas concurren a la escuela secundaria, en las zonas rurales sólo lo hacen un 45,4 %. Y por el contrario, de los primeros sólo un 16,2 % van a la escuela primaria, mientras de los segundos sólo un 28,5 %.

En síntesis, en este punto hemos visto que:

- Un alto porcentaje de jóvenes y adolescente de entre 13 y 18 años concurren a la escuela, un 81 %, mientras que un 19 % no lo hace. Dentro de este grupo, un 0,74 %, 28.600 adolescentes y jóvenes que nunca concurren a la escuela.

- Considerando la concurrencia por niveles, un 64 % asiste al secundario, un 2 % a superior, mientras un 14 % lo hacen a primaria.
- A mayor edad, menor concurrencia. Casi un 40 % de los jóvenes dejan de estudiar entre los 13 y los 18 años.
- Reviste gravedad el hecho que un 8 % de los adolescentes de 14 años (53.000 adolescentes) no completan la enseñanza obligatoria.
- Las mujeres asisten más que los varones: 82 % frente a un 79 %. La diferencia aumenta con la edad.
- El porcentaje de varones que no completan la escolaridad obligatoria (8,9 %) también es mayor que el de las mujeres (7,2 %). Las mujeres concurren más al secundario y superior.
- Hay una marcada diferencia en la asistencia entre zonas urbanas y rurales, sobre todo donde la población está más dispersa. Allí, un 43 % de adolescentes y jóvenes no concurren a la escuela.

2.2. ESCOLARIDAD Y CONDICIÓN SOCIAL: LA POBREZA

En este punto analizaremos la asistencia escolar en relación a la condición social. La categoría que utilizaremos para hacer este análisis es la pobreza.

Una salvedad que hacemos es que, más allá que utilicemos esta categoría, sabemos que en términos más generales nos estamos refiriendo a los sectores de la clase trabajadora y sectores medios que fueron afectados por los procesos de precarización y exclusión laboral, a partir de la dictadura y sobre todo en los años '90. Como trabajadores nos interesa remarcar este dato, así como el hecho que en realidad el problema de la pobreza es un problema de distribución de la riqueza y de poder entre las distintas clases y grupos sociales que componen la sociedad.⁵⁰

Pero, en la medida en que el análisis de la relación entre pobreza y educación se entienda como resultado de esta distribución desigual en el acceso a los bienes y al poder, desde nuestra perspectiva su estudio resulta significativo.

Para hacer el análisis que sigue tendremos en cuenta la escolarización respecto de una de las metodologías de análisis de la pobreza (la que considera las Necesidades Básicas Insatisfechas - NBI),⁵¹ – que es el dato disponible al trabajar con el Censo – para determinar en que forma inciden las condiciones sociales en la escolarización.⁵²

⁵⁰ Un análisis que contemple esta realidad es sin duda más completo, pero como resultado de la “derrota política” de los 70 primero y los 90 después, se dejó de hablar de clases sociales (pretendiendo negar su existencia) para utilizar una terminología supuestamente más “neutra”, como deciles o NBI, o más conservadora, como “pobreza”. En este punto, nos vemos obligados a usar estas categorías ya que son las que se procesan hoy desde la mayor parte de los organismos públicos y privados, y por lo tanto sobre las que hay más información (o sobre las que se organiza la información existente).

⁵¹ Los hogares con Necesidades Básicas Insatisfechas son aquellos que presentan al menos uno de los siguientes indicadores de privación: Hacinamiento: hogares que tuvieran más de 3 personas por cuarto. Vivienda: hogares que habitaran en una vivienda de tipo inconveniente (pieza de inquilinato, vivienda precaria u otro tipo). Condiciones sanitarias: hogares que no tuvieran ningún tipo de retrete. Asistencia escolar: hogares que tuvieran algún niño en edad escolar que no asista a la escuela. Capacidad de subsistencia: hogares que tuvieran 4 ó más personas por miembro ocupado y, además, cuyo jefe tuviera baja educación. Las Necesidades Básicas Insatisfechas se definen de acuerdo con la metodología utilizada por INDEC en "La Pobreza en la Argentina", (Serie Estudios INDEC N° 1, Buenos Aires, 1984).

⁵² La correlación entre educación y pobreza está ampliamente aceptada, aún por organismos neoliberales como el Banco Mundial u otros similares. Lo que difieren son las interpretaciones al respecto, por ejemplo para los neoliberales la falta de educación explica la pobreza, y no al contrario. Y no está de más señalar que posicionamientos más recientes, neoliberales unos, neodarwinistas los otros, que intentan reinstalar

Aquí hay que hacer otra salvedad, diferenciando las características de la pobreza que nos permiten medir el método de NBI, de aquella que captura el otro método que se utiliza, que es el de la línea de pobreza (LP). Mientras el primero identifica la llamada “pobreza estructural”, privaciones instaladas en las familias desde hace largo tiempo, el segundo mide la capacidad monetaria para acceder a una canasta básica (en verdad muy básica) de bienes y servicios de costo mínimo, depende mucho en su evaluación de factores como situación del mercado de trabajo, la inflación, etc.⁵³

La pobreza que se expandió a fines de los 90 fue la pobreza por ingresos, que recordemos en octubre del 2001 había alcanzado al 38 % de la población, y que actualmente alcanza al 31 % de la población.

La pobreza medida por ingresos abarca a una cantidad mayor de la población que la “pobreza estructural”, que en octubre del 2001, en el momento de tomarse el censo, incluía al 17 % de la población en general, y en el universo con el que vamos a trabajar, casi al 20 % de los adolescentes y jóvenes de 13 a 18 años). Esta diferencia obedece a que muchas familias que no tienen necesidades básicas insatisfechas desde la perspectiva de sus viviendas, acceso a infraestructura urbana o educación, cayeron en la pobreza por la caída de sus ingresos.

Esto debe tenerse presente al leer este informe.

En primer lugar, no sería correcto extrapolar los datos que presentamos, que corresponden a las personas en situación de pobreza estructural, al conjunto de personas que se encuentran en situación de pobreza, medida por sus ingresos. Pues como vemos, son grupos sociales “relativamente” diferenciados. El cuadro que trazaremos en este informe es una “foto” en un momento determinado, que pretende registrar las relaciones entre educación y pobreza, tomando la “pobreza estructural”.

En segundo lugar, creemos que los resultados obtenidos no se han modificado en demasía, como si han variado aquellos otros referidos a la pobreza por ingresos. Es que la pobreza por NBI constituye el “núcleo duro” de la pobreza. No habría que pensar, entonces, que las variaciones más coyunturales (ni el aumento, no la disminución de la pobreza, medida por ingresos), modifiquen sustancialmente los datos que presentamos.⁵⁴

Hechas estas observaciones, pasamos al análisis.

Si desagregamos los datos generales de asistencia escolar que hemos trabajado hasta aquí, utilizando los indicadores de pobreza, vemos que el porcentaje de adolescentes y jóvenes pobres que estudian es significativamente menor que el porcentaje de quienes lo hacen entre quienes no son pobres. Mientras casi un 85 % de éstos últimos concurren a la escuela, entre los adolescentes y jóvenes pobres sólo un 65 % van a la escuela. Es decir que los jóvenes que viven en situaciones de pobreza asisten en promedio un 20 % menos a la escuela.

como determinante el peso de variables como la capacidad individual y el esfuerzo, la inteligencia, etc. La “educabilidad” o no de las personas es un argumento que va en esa dirección (no todos son educables, más allá de las políticas educativas que se apliquen, o no todos son educables en el mismo grado.

⁵³ Torrado, Susana. “La pobreza ...”. Op. cit.

⁵⁴ Por cierto, sabemos que ambas realidades en último extremo se tocan, que son distintas caras de la pobreza. Que, por ejemplo, el hecho que se mantenga la pobreza por ingresos, finalmente termina sumergiendo a ese núcleo familiar en la “pobreza estructural”. Pero las herramientas metodológicas utilizadas no nos permiten realizar estas extrapolaciones, que implicarían otro trabajo.

Dicho de otra forma, la probabilidad de no estudiar es mucho mayor para los chicos y chicas pobres que para los no pobres. De cada 100 adolescentes y jóvenes con NBI 35 no asisten a la escuela, en cambio de este mismo grupo pero sin NBI solo 15 no asisten.

CUADRO 9: Población de 13 a 18 años según insatisfacción de necesidades básicas (NBI) por asistencia escolar. Total país (en porcentajes)

Insatisfacción de Necesidades Básicas	Población de 13 a 18 años	Asisten	Porcentaje que asiste	No asisten	Porcentaje que no asiste
Tiene NBI (pobre)	754.789	491.600	65.13 %	263.189	34.87 %
No tiene NBI (no pobre)	3.107.128	2.636.403	84,85%	470.725	15.15 %
Total	3.861.917	3.128.003	81.00 %	733.914	19.00 %

Elaboración propia sobre datos del Censo Nacional 2001. INDEC.

Nota: al tabular los datos cruzando NBI y asistencia a la escuela, surge una ligera diferencia en los totales de población y de población que asiste con lo referido en los cuadros anteriores (por ej., ver el cuadro 1), pues hay un pequeño porcentaje de jóvenes que no han contestado alguna de las preguntas, y por lo tanto no son considerados. Esta diferencia no es significativa.

Desigualdad en la asistencia por niveles

Si profundizamos el análisis, considerando los niveles a los que concurren los adolescentes y jóvenes, vemos que aumentan las marcadas diferencias que existen en la asistencia entre quienes son pobres y quienes no lo son. Mientras un 69,8 % de los chicos que no son pobres concurren a la escuela secundaria, y un 2 % a superior (en total un 71,8 %), sólo un 41,7 % de los adolescentes y jóvenes pobres concurren a la secundaria y un 0,4 % a superior (es decir, 42,1 %). La diferencia aquí ya no es de veinte, sino de treinta puntos.

La posibilidad de concurrir a la escuela secundaria es mucho más lejana para los chicos pobres que para los que no lo son. Siete de cada diez chicos que no son pobres concurren a la escuela secundaria, pero sólo cuatro chicos pobres tienen la posibilidad de acceder al mismo nivel educativo.

CUADRO 10: Asistencia escolar de la población de 13 a 18 años según insatisfacción de necesidades básicas por nivel (en porcentajes).

Asistencia escolar	No tiene NBI (no pobre)	Tiene NBI (pobre)
No asiste	15,15%	34,87%
Asiste a primaria	12,50%	23,03%
Asiste a secundaria	69,85%	41,74%
Asiste a superior	2,01%	0,36%
Total	100%	100%

Elaboración propia sobre datos del Censo Nacional 2001. INDEC.

Desigualdades por edad

Si analizamos la concurrencia a la escuela, de acuerdo a la edad y a la "pobreza", veremos que la asistencia es menor, o mucho menor (dependiendo del caso), entre los adolescentes y jóvenes pobres que entre los no pobres.

A medida que aumenta la edad, disminuye la asistencia a la escuela más rápidamente entre los pobres que entre los no pobres. Así, a los trece años, cuando todavía predomina la asistencia a la escolaridad primaria, mientras los jóvenes no pobres asisten en un 97,4 %, los pobres lo hacen en un 89,2 % (la diferencia es de 8 puntos). A los catorce años, mientras el 95 % de los chicos

no pobres siguen asistiendo a la escuela, entre los pobres sólo lo hacen el 80,9 %. Aquí son ya 15 puntos de diferencia, importante diferencia, pues nos muestra que un porcentaje alto de chicos pobres no termina la escolaridad obligatoria. A los quince años, la brecha es mayor, mientras el 90 % de los adolescentes y jóvenes no pobres asisten, sólo un 70 % de los pobres lo hacen (20 puntos). A los diecisiete años, aún en plena educación secundaria, mientras los no pobres asisten en un 77,9 %, los jóvenes pobres lo hacen sólo en un 47,7 % (ahora son 30 puntos de diferencia).

Para los dieciocho años, la brecha se mantiene en 30 puntos. Sólo un tercio de los chicos pobres continúan estudiando, mientras que el 63,1 % lo hacen entre los no pobres.

CUADRO 11: Asistencia escolar por edades según insatisfacción de necesidades básicas (en porcentajes).

Edad	Asistencia escolar	
	No tiene NBI (no pobre)	Tiene NBI (pobre)
13 años	97,41%	89,19%
14 años	94,78%	80,89%
15 años	90,09%	69,90%
16 años	84,34%	57,71%
17 años	77,90%	47,13%
18 años	63,17%	34,40%
Total	84,76%	65,13%

Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

En definitiva, se observa que a los 13 y 14 años se está cerca de la escolarización universal para los chicos que no son pobres, pero mucho más lejos para quienes si lo son.

Y a los 18 años, mientras dos de cada tres jóvenes que no son pobres siguen estudiando, sólo uno de cada tres lo hacen entre los pobres.

Desigualdad en la asistencia por edad y niveles

Si al análisis precedente, de la concurrencia a la escuela según la edad y “pobreza”, lo cruzamos con los niveles a los cuales concurren los chicos y chicas, veremos que las desigualdades aumentan. En general, los jóvenes pobres no sólo van menos, sino que concurren en mayor porcentaje a niveles educativos más bajos.

No es posible hacer – por extenso – un análisis de la asistencia año a año, por eso tomamos dos edades que resultan importantes: los 14 años (educación obligatoria) y los 18 (final del secundario, eventual pasaje a superior).

A los 14 años vemos – en términos globales que-, mientras entre los adolescentes pobres poco menos de la mitad van a la secundaria – 48,5 % -, mientras que un 30 % por ciento están cursando el nivel primario y un 20 % han dejado la escuela, entre quienes no son pobres, más del 80 % concurren a la escuela secundaria, sólo un 13 % van a la primaria y un 5 % han dejado de estudiar.

A los 18 años, la media de asistencia entre los jóvenes pobres es sólo del 34 %. Si lo desagregamos por el nivel al cual concurren, un 29,8 % de los jóvenes pobres van a la escuela secundaria, y un 2,3 % al nivel superior.

CUADRO 12: Asistencia escolar de la población de 14 años según insatisfacción de necesidades básicas por niveles (en porcentajes).

Población de 14 años	No tiene NBI (no pobre)	Tiene NBI (pobre)
No asiste	5,19%	19,11%
Asiste a primaria	13,41%	32,44%
Asiste a secundaria	81,40%	48,45%
Total	100%	100%

Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

Entre tanto, entre los jóvenes que no son pobres, el 63 % van a la escuela, un 47,5 % a la escuela secundaria, y en lo que marca una gran diferencia con los jóvenes pobres, un 14,9 % de los jóvenes que no son pobres ya concurren al nivel superior.

CUADRO 13: Asistencia escolar de la población de 18 años según insatisfacción de necesidades básicas por niveles (en porcentajes)

Población de 18 años	No tiene NBI (no pobre)	Tiene NBI (pobre)
No asiste	36,69%	65,60%
Asiste a primaria	0,94%	2,32%
Asiste a secundaria	47,49%	29,79%
Asiste a superior	14,88%	2,29%
Total	100%	100%

Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

Esto nos está indicando dos cosas. En primer lugar, que con toda seguridad un porcentaje mucho mayor de jóvenes que no son pobres terminarán la escuela secundaria que quienes si lo son. Y en segundo lugar, la enorme diferencia en el acceso al nivel superior, que es casi siete veces superior para los jóvenes que no son pobres por sobre los que si lo son.

En conclusión, en este punto observamos que:

Existen fuertes diferencias en la escolarización entre los adolescentes y jóvenes que son “pobres” y los que no lo son.

- Mientras la asistencia a la escuela de los adolescentes y jóvenes que no son pobres es de un 84 %, sólo un 65 % de los “pobres” concurren (veinte puntos menos).
- Las diferencias aumentan al considerar la concurrencia por nivel. Mientras un 71,8 % de los chicos que no son pobres van a la escuela secundaria o superior, sólo un 42,1 % de chicos pobres van a esos mismos niveles. Una diferencia de casi treinta puntos.
- La diferencia en la concurrencia entre “pobres” y “no pobres” se potencia a medida que aumenta la edad. A los 14 años, el 95 % de los chicos “no pobres” asisten a la escuela, pero sólo el 80,9 % de los “pobres” lo hacen, 14 puntos de diferencia. A los 18 años, la brecha se amplía a 30 puntos. Sólo un 34,4 % de los chicos pobres continúan estudiando, mientras que el 63,1 % de los no pobres lo hacen.
- El incumplimiento de la escolaridad obligatoria es mucho mayor entre los “pobres”. A los 14 años, sólo el 5 % de los chicos “no pobres” no van a la escuela (tramo obligatorio). Pero entre los adolescentes pobres, no concurren el 19,1 %.

- Considerando niveles y edad, las diferencias aumentan aun más. A los 14 años, un 48,5 % de los adolescentes pobres concurren a la secundaria, mientras entre los no pobres van más del 80 % (más de treinta puntos). A los 18 años, un 14,9 % entre los jóvenes no pobres han ingresado al nivel superior, pero sólo un 2,3 % lo ha hecho entre los pobres (siete veces menos).

2.3. ESCOLARIDAD Y DESIGUALDADES POR REGIONES

Las diferencias en los niveles de escolarización de los adolescentes y jóvenes también se profundizan si consideramos las distintas regiones de nuestro país.⁵⁵

En general es la población de las regiones que han sufrido una histórica postergación de sus posibilidades de desarrollo y crecimiento, regiones que desde el sentido común denominamos como las más “pobres”, donde los índices de escolarización de jóvenes y adolescentes son menores que en las provincias más “ricas”.⁵⁶ Las condiciones económico-sociales, en este caso presentes en las disparidades regionales, también inciden para que disminuya el índice de escolarización.

Como lo hemos señalado más adelante, esta es una de las características de la expansión del sistema educativo en el nivel secundario, en las últimas décadas. Con algunas variaciones, este esquema de diferencias regionales se mantiene.

Si desagregamos la escolarización general por regiones, se aprecian fuertes disparidades. Dos regiones presentan valores de escolarización inferiores al resto de país. En el NEA, la escolarización apenas alcanza al 71 %, es decir, un 10 % por debajo del promedio nacional. En la NOA, no llega al 75 %.

Otras dos regiones (pampeana y cuyana) se encuentran muy cerca de la media nacional y finalmente otras dos (patagónica y metropolitana) por encima (en torno al 85 %). Si consideramos la distancia entre los extremos, tenemos una diferencia de un 15 % en los niveles de escolarización, entre el NEA y la región metropolitana.

⁵⁵ Tal como señalamos en un informe anterior. “Para realizar el análisis regional hemos tomado las regiones tal como las define el INDEC, tanto por razones de comparabilidad de los datos, como porque representan conjuntos que tienen ciertas características comunes, desde las perspectivas político-administrativas, económicas, sociales, culturales e históricas que resultan relevantes tanto para entender las distintas realidades regionales, como las relaciones de las regiones entre sí y con la Nación.

Las diferencias de desarrollo entre las regiones, tema que no abordaremos aquí, entre otras razones se asienta en las disparidades de poder económico y político entre cada una de ellas que han sido características salientes de nuestra historia. Desde una perspectiva económica, entre otras causas encontramos los distintos modelos de acumulación que a lo largo de la historia se aplicaron en nuestro país, y el papel que en cada uno de esos modelos le cupo a cada región. Señalemos, simplemente como muestra de las profundas disparidades regionales, que el valor agregado producido por la industria de las cuatro jurisdicciones con mayor producción (Buenos Aires, Ciudad de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba) representaba a fines de los '90 el 80 % de la producción total de nuestro país, y que la provincia de Buenos Aires, por sí sola, producía el 50 %. Desde una perspectiva política, la ciudad de Buenos Aires es la residencia del poder nacional, y las otras tres provincias citadas son las consideradas “grandes” en el análisis político y periodístico cotidiano, como referencia a la desigual relación de poder que tienen con el resto de las provincias. Por supuesto, ambos aspectos (el político y el económico) se relacionan, se imbrican y potencian.

⁵⁶ Las más pobres también pueden denominarse las más “empobrecidas”, es decir, expoliadas, depredadas por un modelo de desarrollo centralista, a más de otras características. En este trabajo usaremos la expresión “pobres”, pero con el sentido señalado.

CUADRO 14: Población de 13 a 18 años según región por absolutos y porcentaje de asistencia escolar.

Región	Población de 13 a 18 años	Pob. que asiste	Porcentaje que asiste	Pob. que no asiste	Porcentaje que no asiste
NOA	539.613	404.278	74,92%	135.335	25,08%
NEA	428.910	307.571	71,71%	121.339	28,29%
Patagónica	207.603	176.317	84,93%	31.286	15,07%
Metropolitana	1.622.855	1.403.283	86,47%	219.572	13,53%
Pampeana	796.796	649.468	81,51%	147.328	18,49%
Cuyana	285.673	226.710	79,36%	58.963	20,64%
Total	3.881.450	3.141.646	80,94%	739.804	19,06%

Elaboración propia sobre datos del Censo Nacional 2001. INDEC.

Nota: Las Regiones están compuestas de la siguiente manera:

Región Noroeste (NOA): Jujuy, Salta, Catamarca, La Rioja, Tucumán y Santiago del Estero.

Región Nordeste (NEA): Corrientes, Chaco, Formosa y Misiones.

Región Patagónica: Chubut, Neuquen, Río Negro, Santa Cruz y Tierra del Fuego.

Región Metropolitana: Ciudad de Buenos Aires y partidos del Gran Buenos Aires.

Región Pampeana: Resto de Buenos Aires, Córdoba, Entre Ríos, La Pampa, y Santa Fe.

Región Cuyana: Mendoza, San Juan y San Luis.

Mirando a los chicos en concreto, entre el NEA y el NOA – las dos regiones que presentan más problemas en este sentido -, tenemos más de 250.000 adolescentes y jóvenes que no concurren a la escuela, sobre una población que ronda los 970.000 jóvenes, más del 25 % de los jóvenes de estas dos regiones.

Desigualdad en la asistencia, por niveles

Si profundizamos en el análisis, considerando a que nivel concurren los chicos, vemos que las diferencias aumentan. Mientras que en el NEA solo el 50 % de los adolescentes concurren a la escuela media y en el NOA un 57,4 %, en la región metropolitana el porcentaje trepa a más del 70 %. Hay una diferencia de 20 puntos entre los extremos.

Por otra parte, en el NEA hay más chicos en primaria (casi el 20 %) y aún más que no asisten (casi el 30 %). En la región metropolitana, quienes no continúan estudiando son menos de la mitad que en el NEA (un 13 %) y sólo hay un 12 % en la primaria.

La otra región que presenta altos índices de escolarización es la pampeana, con un 84,9 % de asistencia, pero que tiene un porcentaje un poco más alto de alumnos en primaria, el 13,5 %.

CUADRO 15: Población de 13 a 18 años según región por nivel que cursa.

Regiones	Total	Porcentaje que estudia %	Nivel que cursa		
			Primario %	Secundario %	Superior %
Noroeste	539.613	74,92	15,91	57,39	1,63
Noreste	428.910	71,71	19,80	50,60	1,31
Cuyana	285.673	79,36	15,17	62,51	1,67
Metropolitana	1.101.597	86,47	12,36	71,59	2,52
Patagónica	207.603	84,93	18,35	65,45	1,13
Pampeana	1.318.054	81,51	13,50	65,58	2,42
Total	3.881.450	81,06	14,59	64,26	2,09

Fuente: Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

Desigualdades entre provincias y al interior de las mismas

Por cierto, el análisis realizado hasta aquí, que toma como uno de sus parámetros a las regiones, no debiera ocultarnos que al interior de las mismas – es decir, entre las propias provincias -, hay profundas desigualdades. Al entrar en detalle, si se quiere, observamos que en las mismas se encuentran desigualdades aún más graves que las señaladas hasta aquí.

Un primer ejemplo lo constituye la provincia que tiene los índices más bajos de escolaridad, Santiago del Estero, donde un 35 % de los adolescentes y jóvenes no concurren a la escuela. Dicho en otra forma, uno de cada tres adolescentes y jóvenes, en esta provincia, no estudia.

Recordemos que esta provincia no se encuentra en el NEA – que exhibe los índices regionales de escolarización más bajos, sino que forma parte del NOA.

Si consideramos la asistencia por niveles, vemos que sólo el 45 % de los adolescentes y jóvenes concurren a la escuela secundaria en Santiago.

Por cierto, si tomamos la situación en algunas de las localidades de esta provincia, ésta es infinitamente peor. Señalemos un ejemplo. Respecto a la cantidad de adolescentes y jóvenes que ya no asisten, en la localidad de Mitre, Santiago del Estero, son el 68%, o sea más del triple de la media nacional. En esta localidad el porcentaje de adolescentes y jóvenes que asiste a la escuela primaria es del 17%, mientras que la asistencia a la escuela secundaria es sólo del 15%. Ningún joven de esta edad asiste al nivel superior.

Pero éste no es un ejemplo aislado. En esta provincia sólo cuatro departamentos, que ciertamente agrupan a la mitad de la población de la provincia, tienen índices de inasistencia escolar menores al 30 %, ⁵⁷ mientras que todos los otros departamentos tienen índices que van del 40 % al 54 %.

Lo propio ocurre si tomamos la región metropolitana, donde se consideran en conjunto el conurbano bonaerense y la ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Si bien la región metropolitana exhibe, en términos generales, los indicadores más altos de escolaridad, al desagregar sobre todo algunos de los distritos más pobres del conurbano, se observan importantes diferencias. Así, si en el conjunto de la región quienes no asisten a la escuela son un 13,5 %, quienes no asisten en la ciudad de Buenos Aires son sólo un 9,2 %, mientras que en buena parte de los distritos del conurbano, como por ejemplo General Rodríguez, Marcos Paz, Cañuelas, Ezeiza, José C. Paz o Florencio Varela, la cantidad de adolescentes y jóvenes que no asisten es sensiblemente mayor, se ubica entre el 20,6 % y el 17,8 %. Es decir, duplica la de la ciudad de Buenos Aires.

Por cierto, también al interior de la provincia de Buenos Aires encontramos sensibles diferencias. En la localidad de Villarino más del 26% de los jóvenes y adolescentes han dejado de asistir, en contraste con 14,8% del total provincial y el 7% en Vicente López. Los porcentajes de asistencia para el nivel primario en estas mismas localidades son de 15% para Villarino, el 13% para el total de la provincia y el 9% para Vicente López. Los porcentajes de asistencia al nivel secundario son del 57% para Villarino, el 71% para el total de la provincia y del 80% para Vicente López.

Así como Villarino, un conjunto de distritos del interior de la provincia presentan índices de no asistencia superiores al 20 %. Entre otros Navarro,

⁵⁷ Esos departamentos son: Capital, Choya, La Banda y Rivadavia (Elaboración propia sobre el Censo 2001).

Ayacucho, Leandro Alem, Colón, con índices de inasistencia que van del 22 % al 24 %.

Desigualdades en la asistencia por edad

Retornemos al análisis regional que veníamos realizando. Si consideramos que ocurre al desagregar la información de la asistencia por edad en las distintas regiones, veremos que las diferencias consignadas en el apartado anterior aumentan.

En el tramo de escolaridad obligatoria, vemos que hasta los 14 años, hay cerca de un 17 % de jóvenes que no asisten a la escuela en el NEA, un índice que duplica el nacional, que recordamos era del 8%. En tanto, la muestra clara de las desigualdades es que en la región metropolitana el porcentaje de adolescentes que no concurren es sólo del 2,5 %.

Dicho de otra forma, por cada joven excluido de la educación obligatoria en el conjunto del país, existe el doble en el NEA. Si la comparación la hacemos entre el NEA y la región metropolitana, por cada excluido en ésta última hay siete en el noreste.

Si ahora vemos que ocurre a los 18 años, mientras en el NEA menos del 48 % de los jóvenes concurren a la escuela, y en el NOA superan por poco el 50 %, en la región metropolitana el porcentaje de jóvenes que asisten es casi del 80 %.

CUADRO 16: Asistencia de la población de 13 a 18 años según región por edad (en porcentajes)

Jurisdicción	Porcentaje de la población que asiste según edad					
	de 13 años	de 14 años	De 15 años	de 16 años	de 17 años	de 18 años
Noroeste (NOA)	92,48%	86,06%	79,05%	71,52%	64,76%	52,16%
Nordeste (NEA)	90,24%	83,45%	75,51%	67,39%	60,84%	47,98%
Cuyana	95,89%	91,36%	84,71%	76,79%	68,49%	55,29%
Metropolitana	98,54%	97,58%	95,87%	91,51%	85,91%	78,23%
Patagónica	97,56%	94,88%	89,74%	83,50%	76,06%	60,63%
Pampeana	96,51%	93,25%	87,20%	80,23%	72,60%	57,74%
Total país	95,64%	91,92%	86,08%	79,31%	72,37%	58,11%

Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

Desigualdad en la asistencia por edad y niveles

Si tomamos a los adolescentes de 14 años, y desagregamos la asistencia por regiones, viendo además a que niveles concurren, encontramos que en este tramo (de escolaridad obligatoria), hay claras desigualdades.

El NEA tiene el porcentaje más alto de chicos en escolaridad primaria – 28,2 % - y otras dos regiones (NOA y Patagónica) tienen porcentajes que superan el 20 %. En el caso de la Patagonia, se presenta junto con altos niveles de escolaridad (la asistencia es de las más altas, el 95 %); pero en el caso del NOA ocurre lo contrario, pues el índice de escolaridad es el más bajo (86%) luego del NEA (83%).

A la vez, el NEA tiene el porcentaje más bajo de escolaridad secundaria, el 55 %. Una muestra clara de las desigualdades es que en la región metropolitana el porcentaje de jóvenes que asisten a la escuela secundaria es del 83,6 %, y en la región pampeana, la que la sigue, el índice es del 78,2 %. Marcándose una diferencia de 31 y 23 puntos respectivamente.

CUADRO 17: Población de 14 años según regiones por nivel que cursa.

Regiones	Población de 14 años		Nivel que cursan	
	Total	Estudian	Primario	Secundario
Noroeste (NOA)	93.271	86,06%	20,96%	65,10%
Noreste (NEA)	75.455	83,45%	28,18%	55,27%
Cuyana	49.988	91,38%	17,80%	73,58%
Metropolitana	187.634	96,21%	12,63%	83,58%
Patagónica	35.894	95,06%	23,62%	71,44%
Pampeana	223.584	93,28%	15,04%	78,24%
Total	665.826	91,93%	17,35%	74,58%

Fuente: Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

A los 18 años encontramos que en el NEA, donde menos del 48 % de los jóvenes concurren a la escuela, el 37,6 % va a la secundaria (el menor porcentaje de todo país), pero a la vez también tiene uno de los índices menores de asistencia a los estudios superiores (8,2 %). Por el contrario, la región metropolitana tiene el porcentaje más alto de jóvenes que asisten a la escuela, el 65 %; un 49,4 % van a la secundaria (el segundo índice del país, detrás de la región patagónica, que tiene 51,7 % de jóvenes cursando el secundario), y un 14,8 % de jóvenes que ya cursan estudios superiores. En este último caso, es el índice más alto de escolaridad superior, acompañado por el de la región pampeana (14,7 %).

CUADRO 18: Población de 18 años que estudia, según región por nivel que cursa.

Regiones	Población de 18 años	Total	Porcentaje que estudia	Porcentaje según nivel que cursa		
				Primario	Secundario	Superior
Noroeste (NOA)	83.926	83.926	52,16%	1,14%	41,03%	9,99%
Noreste (NEA)	83.264	83.264	47,98%	2,16%	37,64%	8,19%
Cuyana	44.920	44.920	55,29%	1,13%	44,04%	10,12%
Metropolitana	153.353	153.353	65,08%	0,87%	49,44%	14,77%
Patagónica	48.387	48.387	60,63%	1,35%	51,69%	7,59%
Pampeana	208.369	208.369	57,74%	1,23%	41,78%	14,72%
Total	622.219	622.219	58,11%	1,21%	44,24%	12,66%

Fuente: Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

En conclusión, en este punto vemos que:

Así como al considerar la pobreza, también existen grandes desigualdades al considerar las diferencias entre regiones.

- En las regiones más “pobres” los índices de escolarización son más bajos. En el NEA la asistencia es del 71 %. En la región metropolitana del 86 %. Hay quince puntos de diferencia.
- Considerando a que nivel asisten, las diferencias aumentan. Los jóvenes y adolescentes de las regiones pobres no sólo van menos a la escuela, sino que cuando lo hacen concurren en mayor proporción a la enseñanza primaria, menos a la secundaria y mucho menos al nivel superior. En el NEA solo el 50 % de los adolescentes concurren a la escuela secundaria, en la región metropolitana lo hacen el 70 % (veinte puntos de diferencia).
- La concurrencia disminuye con la edad. Y esto se agudiza con las diferencias regionales. A los 14 años, en el NEA, el 17 % de los adolescentes no van a la escuela. El incumplimiento de la enseñanza

obligatoria duplica el nacional y es 7 veces superior al de la región metropolitana. A los 18 años, mientras en el NEA el 48 % de los jóvenes concurren a la escuela, en la región metropolitana lo hacen casi el 80 %.

- Considerando nivel y edad, a los 14 años, el NEA tiene el índice más bajo de concurrencia a secundaria, el 55 %, y el más alto de escolaridad primaria, 28 %. En la región metropolitana los índices respectivos son del 83,6 % y del 12,6 %, respectivamente. La diferencia en la concurrencia al secundario es de treinta puntos. A los 18 años, el NEA tiene los índices más bajos de asistencia a la escuela secundaria – 37,6 % - y al nivel superior – 8,2 %- . En la región metropolitana los índices respectivos son del 49,4 % y de 14,8 %.

2.4. DESIGUALDADES CONSIDERANDO REGIONES Y POBREZA EN CONJUNTO

A partir de este apartado comenzaremos a realizar el análisis considerando la articulación entre las dos variables (regiones y pobreza), que han mostrado una gran incidencia en el aumento de las desigualdades. Aclaremos que este es el análisis más aproximado a la realidad. Y que al considerar las desigualdades producidas cruzando los datos entre regiones y pobreza, encontramos que aumentan las disparidades.

Si recordamos que en el conjunto de los jóvenes la asistencia a la escuela era de un 81 %, y en el caso del NEA, ese porcentaje disminuía al 71 %. Pero si ahora consideramos a los jóvenes pobres de esta última región, la asistencia disminuye más aún, y sólo alcanza al 56,9 % de los adolescentes y jóvenes, mientras que en la misma región, entre los adolescentes y jóvenes que no son pobres la asistencia es del 77,9 %.

CUADRO 19: Asistencia a la escuela de la población de 13 a 18 años según insatisfacción de necesidades básicas por región (en porcentajes)

Región	Asistencia	Sin NBI (no pobre)	Con NBI (pobre)
NEA	No asiste	21,53%	43,12%
	Asiste	77,91%	56,88%
	Total	100,00%	100,00%
NOA	No asiste	19,25%	39,78%
	Asiste	80,15%	60,22%
	Total	100,00%	100,00%
Cuyo	No asiste	17,25%	37,13%
	Asiste	82,43%	62,87%
	Total	100,00%	100,00%
Pampeana	No asiste	15,44%	35,54%
	Asiste	84,15%	64,46%
	Total	100,00%	100,00%
Metropolitana	No asiste	10,94%	25,09%
	Asiste	88,54%	74,91%
	Total	100,00%	100,00%

Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

La diferencia en la asistencia entre los jóvenes pobres y quienes no lo son es en casi todas las regiones de alrededor de un 20 %, excepto en la Metropolitana donde la diferencia es aproximadamente del 14%.

En el NEA, sobre 133.000 jóvenes pobres, 57.000 no concurren a la escuela. En el resto de las regiones la asistencia de los jóvenes pobres se ubica entre el 60 y el 64 %, con la sola excepción de la región metropolitana, donde es sensiblemente más alta, casi del 75 %.

Esto es destacable y merece un comentario. Nos habla tanto de la eficacia relativa que puede tener la acción de Estado (por ejemplo por la existencia de una mayor cantidad de escuelas), como también de la influencia de muchos otros factores que pueden facilitar el acceso a la educación: menores distancias, más medios de transporte – aunque el pasaje puede ser en muchos casos prohibitivo para los sectores populares –, infraestructura instalada con la que se cuenta, etc.

Por otra parte, también se observa los “relativamente” bajos índices de concurrencia a la escuela de quienes viven en situación de pobreza. En el NEA un 43 % de los adolescentes y jóvenes pobres no concurren a la escuela, en el NOA, son el 39,8%. Pero en el otro extremo social, en la región metropolitana, los chicos pobres no concurren a la escuela son el 25 %.

Desigualdad en la asistencia, por niveles

Si ahora consideramos las diferencias entre las regiones, discriminando a que niveles educativos concurren los adolescentes y jóvenes pobres y los no lo son, vemos como aumentan las marcadas diferencias que hemos descrito.

Ya al interior del NEA hay una enorme diferencia en la asistencia a la escuela secundaria entre los adolescentes y jóvenes pobres y quienes no lo son. Mientras sólo un 28,86 % de los primeros concurren a la escuela secundaria, más de doble, un 60,48 % de los adolescentes y jóvenes que no son pobres van al mismo nivel. Y por el contrario, son más los chicos pobres que o no concurren a la escuela o que van a la escuela primaria. Los que no concurren a la escuela son el 43,1 %, y los que van a la primaria el 27,7 %. En tanto entre los adolescentes y jóvenes que no son pobres, los que no van a la escuela son el 21,5 % y quienes concurren a la primaria, el 16,2 %.

Si comparamos la situación educativa de los jóvenes pobres del NEA, con quienes se encuentran en el otro extremo social, los jóvenes que no son pobres de la región metropolitana, vemos que los que no estudian son apenas un 10,9 %, quienes están en la primaria son un 10,8 %, mientras que el 75,3 % asiste a la secundaria y un 2,4 % ya van a educación superior.

Aún los adolescentes y jóvenes pobres de la región metropolitana tienen diferencias significativas con los índices de asistencia de los adolescentes y jóvenes pobres del NEA. Entre los primeros, quienes no continúan estudiando son un 25,1 %, quienes están en la primaria un 19,5 % y un 55 % asiste a la secundaria y un 0,4 % va a la educación superior.

En las otras regiones, en general la asistencia a la secundaria entre los chicos no pobres ronda el 70 % (Patagónica y Pampeana), mientras la de los pobres está cercana al 42 % (treinta puntos de diferencia). En las regiones con menos escolarización (Cuyo y NOA) la asistencia a la secundaria entre los chicos que no son pobres va del 65 al 67 %, mientras la de los pobres es de un 37 o 39 % (también son casi treinta puntos de diferencia).

CUADRO 20: Asistencia de la población de 13 a 18 años según insatisfacción de necesidades básicas por nivel de asistencia escolar y región (en porcentajes).

Región	Asistencia	No tiene NBI (no pobre)	Tiene NBI (pobre)
Metropolitana	No asiste	10,94%	25,09%
	Asiste a primaria	10,81%	19,50%
	Asiste a secundaria	75,30%	54,98%
	Asiste a superior	2,44%	0,43%
	Total	100,00%	100,00%
Pampeana	No asiste	15,44%	35,54%
	Asiste a primaria	11,86%	22,44%
	Asiste a secundaria	69,93%	41,66%
	Asiste a superior	2,36%	0,35%
	Total	100,00%	100,00%
Cuyo	No asiste	17,25%	37,13%
	Asiste a primaria	13,43%	23,68%
	Asiste a secundaria	67,37%	38,90%
	Asiste a superior	1,62%	0,29%
	Total	100,00%	100,00%
NEA	No asiste	21,53%	43,12%
	Asiste a primaria	16,22%	27,71%
	Asiste a secundaria	60,48%	28,86%
	Asiste a superior	1,22%	0,31%
	Total	100,00%	100,00%
NOA	No asiste	19,25%	39,78%
	Asiste a primaria	13,20%	22,74%
	Asiste a secundaria	65,43%	37,12%
	Asiste a superior	1,52%	0,36%
	Total	100,00%	100,00%
Patagónica	No asiste	12,47%	28,99%
	Asiste a primaria	16,35%	28,90%
	Asiste a secundaria	69,92%	41,78%
	Asiste a superior	1,07%	0,33%
	Total	100,00%	100,00%

Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

Desigualdad en la asistencia por edad

Finalmente, si consideramos la asistencia de acuerdo a la edad y a la pobreza, veremos como, son sin duda los chicos pobres de las regiones pobres y más grandes quienes menos concurren.

Analizaremos la escolaridad de los adolescentes a los 14 años y de los jóvenes a los 18 años.

A los 14 años el porcentaje de chicos pobres que concurren a la escuela en el NEA sólo alcanza al 70,9 %, mientras es de un 89,6 % entre los no pobres de la misma región. Pero entre los adolescentes que no son pobres de la región metropolitana, el 97,5 % asiste a la escuela.

CUADRO 21: Asistencia de la población de 14 años según insatisfacción de necesidades básicas por nivel de asistencia escolar y región (en porcentajes).

Región	Asistencia	Condición de NBI	
		Sin NBI	Con NBI
NEA	No asiste	10,40%	29,12%
	Asiste	89,60%	70,88%
	Total	100,00%	100,00%
Metropolitana	No asiste	2,48%	9,50%
	Asiste	97,52%	91,50%
	Total	100,00%	100,00%
TOTAL País	No asiste	5,19%	19,11%
	Asiste	94,81%	80,89%
	Total	100,00%	100,00%

Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

Repitiendo el mismo esquema de análisis a los 18 años, entre los chicos pobres en el NEA la asistencia es sólo de un 29,4 %, mientras que en la región metropolitana, también entre los chicos pobres, concurre casi un 43 % a la escuela. Y entre los jóvenes que no son pobres en esta última región, concurren casi el 70 %.

Dicho de otra forma, en el NEA sólo 7 de cada 10 chicos pobres concurren a los 14 años a la escuela, cuando aún están cursando la educación obligatoria. Y sólo 3 de cada 10 continuaban estudiando a los 18 años. En tanto que en la región metropolitana, a los 18 años, la relación es exactamente la contraria, entre los jóvenes que no son pobres, puesto que 7 de cada 10 continuaban estudiando.

CUADRO 22: Asistencia de la población de 18 años según insatisfacción de necesidades básicas por nivel de asistencia escolar y región (en porcentajes).

Región	Asistencia	Condición de NBI	
		No tiene NBI (no pobre)	Tiene NBI (pobre)
Metropolitana	No asiste	30,53%	57,01%
	Asiste	69,47%	42,99%
	Total	100,00%	100,00%
NEA	No asiste	44,54%	70,58%
	Asiste	55,46%	29,42%
	Total	100,00%	100,00%
TOTAL	No asiste	36,69%	65,60%
	Asiste	63,31%	34,40%
	Total	100,00%	100,00%

Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

Desigualdad en la asistencia, por niveles y edades.

Finalmente, si cruzamos todas las variables con las que hemos trabajado hasta aquí, tomando nuevamente los chicos de 14 y 18 años, encontramos que: Si volvemos a hacer la comparación entre los extremos, el NEA y la región metropolitana, vemos lo siguiente.

A los 14 años, dentro del NEA ya hay marcadas diferencias, mientras que el 67,6 % de los chicos que no son pobres ya concurren a la escuela secundaria, en tanto el otro 33 % se reparte entre un 22 % que van a la primaria y otro 10 % ha dejado de estudiar.

La situación es bien diversa entre los adolescentes pobres. Sólo un 30 % concurren a la escuela secundaria, mientras un 40 % van a la escuela primaria y casi otro 30 % ya ha dejado de estudiar.

CUADRO 23: Asistencia de la población de 14 años según insatisfacción de necesidades básicas por nivel de asistencia escolar y regiones (NEA y Metropolitana), en porcentajes.

Región	Asistencia	Indicador de NBI	
		Sin NBI (no pobre)	Con NBI (pobre)
Metropolitana	No asiste	2,48%	9,50%
	Asiste a primaria	9,73%	25,25%
	Asiste a secundaria	87,80%	65,25%
	Total	100%	100%
NEA	No asiste	10,40%	29,12%
	Asiste a primaria	21,99%	40,81%
	Asiste a secundaria	67,62%	30,07%
	Total	100%	100%
Total	No asiste	5,19%	19,11%
	Asiste a primaria	13,41%	32,44%
	Asiste a secundaria	81,40%	48,45%
	Total	100%	100%

Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

En el otro extremo social, en la región metropolitana, un 87,8 % de los chicos que no son pobres ya asisten a la escuela secundaria, mientras otro 9,7 % concurre a la escuela primaria. Y sólo el 1,3 % no va a la escuela.

Es decir, mientras entre los adolescentes pobres del NEA, cada 10 3 van a la escuela secundaria, otros 4 a la primaria y 3 ya no estudian, en la región metropolitana entre los jóvenes que no son pobres, 9 van a la escuela secundaria y 1 a la primaria. Prácticamente todos estudian.

A los 18 años, tomando los mismos extremos en la desigualdad, vemos que en la región metropolitana un 65 % de los jóvenes que no son pobres concurren a la secundaria o al nivel superior (un 51,7 % a secundaria y un 14,4 % a superior), mientras sólo un 25,7 % de los jóvenes pobres del NEA concurren a la escuela secundaria o superior (un 23,6 % a secundaria y 2,1 % a superior). La desigualdad en la asistencia es más del doble en la escuela secundaria y siete veces mayor en el nivel superior.

En términos generales, se puede ver que los jóvenes pobres de las regiones más pobres concurren menos, sólo el 30 % concurre en las regiones NEA, NOA, Cuyo y aún en la pampeana, yendo entre un 23 % y 27 % a la escuela secundaria. La concurrencia de los chicos que no son pobres, en las demás regiones, es casi el doble (entre 43 y 45 %).

En la región metropolitana y la patagónica, los jóvenes pobres concurren en mayor medida a la escuela (entre 34 y 38 %), aunque hay sensibles diferencias con quienes no son pobres.

CUADRO 24: Asistencia de la población de 18 años según insatisfacción de necesidades básicas por regiones (NEA y Metropolitana) y nivel (en porcentajes).

Región	Asistencia	Indicador de NBI	
		Sin NBI (no pobre)	Con NBI (pobre)
Metropolitana	No asiste	30,53%	57,01%
	Asiste a primaria	0,68%	1,71%
	Asiste a secundaria	51,69%	38,64%
	Asiste a superior	17,10%	2,64%
	Total	100%	100%
NEA	No asiste	44,54%	70,58%
	Asiste a primaria	1,50%	3,72%
	Asiste a secundaria	43,29%	23,59%
	Asiste a superior	10,67%	2,10%
	Total	100%	100%
Total	No asiste	36,69%	65,60%
	Asiste a primaria	0,94%	2,32%
	Asiste a secundaria	47,49%	29,79%
	Asiste a superior	14,88%	2,29%
	Total	100%	100%

Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

En síntesis, el análisis realizado en este punto muestra que

Al considerar regiones y pobreza en conjunto, las diferencias se potencian en gran modo:

- 1) Los menores índices de asistencia se encuentran entre los jóvenes pobres de las regiones más pobres. Y los jóvenes pobres de las regiones más “ricas”, concurren más que los de las zonas “pobres”.
 - En el NEA, la asistencia de los adolescentes y jóvenes pobres a la escuela sólo alcanza al 56,9 %, y en el NOA, del 60 %.
 - En casi todas las regiones hay una diferencia de unos veinte puntos en la asistencia entre pobres y no pobres, salvo en la región metropolitana, donde la diferencia es menor (quince puntos). Allí la asistencia de los jóvenes pobres también es más alta, casi del 75 %.

- 2) Al considerar la asistencia por niveles, las desigualdades se profundizan.
 - En el NEA hay una enorme diferencia en la asistencia a la secundaria entre adolescentes y jóvenes pobres y los que no los son. Mientras sólo un 28,86 % de los primeros concurren a ese nivel, un 60,48 % de los no pobres van a la escuela secundaria. Más del doble.
 - Los pobres concurren más a la primaria. En el NEA, un 27,7 % de los adolescentes y jóvenes pobres concurren a la escuela primaria, mientras entre los que no son pobres sólo lo hacen un 16,2 % (ya muchos están en la secundaria).
 - Comparando con en el otro extremo social, entre los jóvenes no pobres de la región metropolitana, quienes no continúan estudiando son sólo un 10,9 %, están en la primaria un 10,8 %, mientras que un

75,3 % de los chicos asiste a la secundaria y un 2,4 % ya van a la educación superior.

- Entre los jóvenes pobres de la región metropolitana, los índices de asistencia son bastante más altos que los de los pobres del NEA. El 75 % continúan estudiando, un 55 % asiste a la secundaria y un 0,4 % a educación superior.
- En otras regiones la asistencia a la secundaria de los chicos que no son pobres se ubica entre el 65 y el 70 %, mientras la de los pobres está entre el 37 y el 42 %. Alrededor de treinta puntos de diferencia.

3) Finalmente, si consideramos la asistencia por edad y por niveles, vemos que son los chicos pobres de las regiones pobres quienes menos concurren, que las diferencias aumentan con la edad y que cuando van a la escuela, lo hacen más a la primaria y en menor medida a la secundaria.

- A los 14 años, mientras sólo el 71 % de los chicos pobres concurren a la escuela en el NEA, entre los no pobres ese porcentaje es del 90 %. Pero mientras el 67,6 % de los chicos que no son pobres van a la escuela secundaria, entre los pobres sólo un 30 % de los chicos concurren a ese nivel, mientras el otro 40 % va a la escuela primaria.
- También a los 14 años, pero en otro extremo social, los adolescentes que no son pobres de la región metropolitana, un 87,8 % concurren a la escuela secundaria, mientras otro 9,7 % van a la primaria, y sólo un 2,5 % no va a la escuela. Hay casi 60 puntos de diferencia en la asistencia al nivel secundario respecto de los adolescentes pobres del NEA.
- A los 18 años sólo un 29,4 % de los jóvenes pobres en el NEA siguen estudiando. El 23,6 % en la escuela media y el 2,1 % en superior. En la región metropolitana un 65 % de los jóvenes no pobres concurren a la escuela, un 51,7 % va a media (el doble) y 14,4 % a superior (siete veces más).

2.5. TERMINALIDAD DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA

Hacer un análisis de la terminalidad de la enseñanza secundaria a partir de los datos del censo entraña algunas dificultades, ya no podemos seguir considerando sólo al grupo de edad con el que veníamos trabajando hasta aquí (entre los 13 y los 18 años) pues gran parte de ellos aún se encuentran cursando sus estudios en este nivel.⁵⁸

Habíamos señalado que entre estos jóvenes, hay un 58% que continúa estudiando. Entre quienes no asisten, sólo un 7,1 % había completado el secundario (44.000 chicos), y el 35 % restante había dejado de estudiar sin terminar el secundario (217.000 chicos), unos con el primario completo (un 28 %) y otros con la primaria incompleta, o directamente sin haber asistido nunca a la escuela (un 6,7 %). Si al 7,1 % que tenían el secundario completo pero no continuaban estudiando les sumamos quienes habían ingresado en la educación superior, un 12,6 % (78.000 alumnos) que necesariamente han cursado los estudios secundarios, tenemos que casi el 20 % de los chicos de 18 años había completado los estudios secundarios (el 19,76 %). O sea, sobre 622.000 jóvenes, 122.000 habían terminado sus estudios secundarios.

⁵⁸ Las edades de finalización de la escuela secundaria, suponiendo que cumplan con todos los años de escolaridad sin ningún retraso, son los 17 o 18 años.

Para continuar el análisis ahora consideraremos la escolaridad que alcanzaron los jóvenes que tenían 19 años, es decir, un año más que el grupo que hemos considerado hasta ahora, y analizaremos hasta que punto ha terminado sus estudios secundarios.

El análisis de la escolaridad alcanzada por ese grupo de jóvenes nos indica que sólo un 38 % había aprobado el secundario, que otro 22,5 % seguía estudiando en niveles equivalentes a EGB o Polimodal (un 4,7 % y un 17,8 %, respectivamente) – es decir, sin haber completado la escolaridad secundaria -; y que un 39,5 % ya no estudiaba, sin haber completado el nivel secundario.

A esta información podemos agregar que, dentro del grupo de jóvenes que había aprobado el secundario, un 23 % seguían estudiando en el nivel superior, mientras que el 15 % restante había dejado de estudiar).

Es decir que casi un 20 % más de jóvenes habían terminado sus estudios sobre lo consignado para los 18 años. Ese 38 % de jóvenes que terminaron representa un total de 244.000 jóvenes, sobre los 644.000 que son los jóvenes de 19 años.

La gran cantidad de jóvenes que continuaban estudiando, nos indica que: a) gran cantidad de alumnos cursan sus estudios con sobreedad - un fenómeno claramente establecido -; b) una parte de estos jóvenes - más o menos importante - han pasado a realizar sus estudios en la educación de adultos.⁵⁹

¿Cómo podemos establecer de forma más acabada cual es la escolaridad que finalmente alcanzarán estos jóvenes? Para poder avanzar en este análisis, tomaremos los datos de la escolaridad alcanzada por los jóvenes de entre 20 y 24 años, considerados en conjunto. Es decir, quienes fueron terminando sus estudios en los años inmediatamente anteriores al grupo que hemos venido analizando hasta aquí, y casi en su totalidad ya han dejado de estudiar, o si continúan estudiando han completado la escolaridad secundaria.

En términos generales, la información recabada nos indica que alrededor de la mitad de estos jóvenes terminan la enseñanza secundaria.

En efecto, sumando a quienes tienen escolaridad secundaria completa y quienes han alcanzado la educación superior (y por tanto la secundaria), se puede observar que poco menos de la mitad de los jóvenes han logrado completar la escolaridad secundaria (un 48 %).

CUADRO 25: Población de 20 a 24 años por máximo nivel de instrucción alcanzado.

	Máximo nivel de instrucción alcanzado									Total Población
	Sin instrucción	Primario		Secundario		Superior no universitario		Superior universitario		
		Incompleto	Completo	Incompleto	Completo	Incompleto	Completo	Incompleto	Completo	
En absolutos	47.173	205.920	685.278	724.037	761.400	184.978	71.126	494.036	25.391	3.199.339
En porcentajes	1,47%	6,44%	21,42%	22,63%	23,80%	5,78%	2,22%	15,44%	0,79%	100,00%

48 %

⁵⁹ Para poder discriminar esto, deberíamos realizar una análisis comparativo con las cifras de matrícula, pero eso escapa de momento al objeto más general de este trabajo, sin dejar de ser un aspecto importante, pues nos discriminar cuantos chicos se reciben en el secundario “común” y cuantos en la educación de jóvenes y adultos – que como una de sus características ha tenido un enorme incremento de matrícula en los últimos años -.

Debemos además considerar que dentro de este grupo de jóvenes, un 2,8 % continuaban estudiando, sin haber completado el secundario (88.000 chicos). Es decir, en el cuadro precedente están consignados como jóvenes con primaria o secundaria incompleta. Un 2,23 % estudian en el Polimodal y el resto en EGB2 o EGB3. O sea que, si hipotéticamente todos ellos completaran los estudios secundarios, a lo sumo podría haber en los años posteriores un 51 % de terminalidad de la enseñanza secundaria para el total de este grupo de edad.

Si bien no puede extrapolarse de este análisis que la terminalidad que finalmente alcancen los adolescentes y jóvenes que hemos venido siguiendo (entre los 13 y los 18 años) vaya a ser esa, no deja de ser una referencia que quienes completaron sus estudios secundarios en los años inmediatamente anteriores, lo hayan hecho en esta proporción.

En el mejor de los casos, puede esperarse alguna mejora relativa en el porcentaje de egreso, pero que sin duda no significará un vuelco en la magnitud de jóvenes que efectivamente terminan la escuela secundaria. Hipotetizando en este sentido, si consideráramos que todos los jóvenes que aún están estudiando (en EGB/Primaria o en Polimodal/Secundaria) entre los 18 y 19 años (cosa que es por demás difícil, por los niveles de exclusión que se producen en la escuela, sobre todo en todo el tramo de la secundaria), la terminalidad rondaría el 60 %. Pero ello es muy improbable. Si terminaran todos los que se encuentran en un nivel equivalente al Polimodal (últimos tres años de secundaria), el índice podrá ubicarse alrededor del 55 %, lo cual no deja de ser difícil.

A los efectos de complementar esta información, consideraremos datos de otras fuentes. En un informe del Ministerio de Educación, se consignaba que la tasa de egreso "teórica" del nivel Polimodal para los años 2002/2003 era del orden del 58,4 %.⁶⁰ Hay que advertir que aquí se trabaja con la matrícula, por lo cual los datos no son directamente comparables con los del Censo.

También tomamos datos de la encuesta de hogares (EPH), correspondiente al año 2005, para estos mismos grupos de edad, 19 años y 20 a 24 años. Al hacer la lectura de estos datos, hay que tener presente que la EPH es justamente una encuesta, por tanto con un margen de error en sus datos, y que solo recoge la información de 28 grandes aglomerados urbanos, es decir, rescata justamente la situación educativa en aquellos lugares donde las tasas de escolarización son más altas.

En el caso de los jóvenes de 19 años, según la EPH, para el año 2005, quienes tenían escolaridad secundaria completa eran un 57 %. Y para los jóvenes de 20 a 24 años, quienes terminaron la escolaridad secundaria eran un 65 %. Considerando que se refieren a los centros urbanos, las cifras son congruentes con las estimaciones presentadas más arriba.

⁶⁰ "La Tasa de egreso de un ciclo/nivel se calcula a partir de una cohorte teórica, y el modelo utilizado, propuesto por UNESCO, admite hasta tres repeticiones." En este caso se ha calculado para la cohorte 2002/03. Citado en "Objetivos de desarrollo del milenio". Presidencia de la Nación.

De todas formas, más allá de comparaciones y estimaciones, hay que resaltar que el dato “concreto y real” de la tasa de egreso para los jóvenes que efectivamente habían terminado la escuela secundaria al momento de tomarse el censo, era de alrededor de un 50 %, como surge del análisis que hemos realizado hasta aquí.

La conclusión general en este punto es que, sea que consideremos que sólo la mitad de los jóvenes terminan el secundario en nuestro país, sea que consideremos posibles mejoras en los últimos años, como indicaba los datos del Ministerio de Educación o de la EPH que hemos consignado,⁶¹ aún en este último hipotético caso estaríamos dramáticamente lejos de la posibilidad de que todos los adolescentes y jóvenes terminen efectivamente la escuela secundaria, que es la preocupación principal con la cual hemos encarado la realización de este trabajo.

Las diferencias regionales

Al considerar las diferencias regionales, ocurre lo mismo que hemos observado a lo largo de informe. Si tomamos la cantidad de jóvenes de 19 años que en el 2001 habían terminado el secundario, vemos diferencias marcadas, sobre todo entre las regiones metropolitana y pampeana, por una parte, y el resto de las regiones, en particular con el NEA y la patagónica, por la otra. Entre la región metropolitana y el NEA hay 17 puntos de diferencia.

CUADRO 26: Porcentaje de la población de 19 años que tiene secundario aprobado o más.

Región	Secundario completo o más
Metropolitana	43,60%
Pampeana	41,07%
Cuyana	33,81%
NEA	26,46%
NOA	31,23%
Patagónica	28,69%
Total	37,97%

Fuente: Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

A su vez, si consideramos la escolaridad secundaria aprobada entre los jóvenes de 20 a 24 años, la diferencia aumenta, pasando a casi 19 puntos entre las regiones metropolitana y el NEA. Las únicas regiones con escolaridad superior al 50 % son la metropolitana y la pampeana.

CUADRO 27: Porcentaje de la población de 20 a 24 años que tiene secundario aprobado o más.

Región	Secundario completo o más
Metropolitana	53,67%
Pampeana	50,55%
Cuyana	44,59%
NEA	35,07%
NOA	41,28%

⁶¹ Determinar esto requiere un estudio particular, pues hay diversas cuestiones a considerar. En los '90, si bien aumentó la matrícula (se incluyeron más alumnos), también aumentó notablemente la exclusión, ya sea a través de la repetición, el abandono (por decirlo con los términos del ministerio). También hay que ponderar el impacto de la crisis luego del 2001.

Patagónica	41,04%
Total	48,04%

Fuente: Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

Y si desagregamos los diversos niveles educativos alcanzados, se puede apreciar como, por regiones, hay enormes diferencias en la escolaridad alcanzada. En el NEA, es notorio y distintivo con el resto de las regiones, que casi el 20 % de la población o no tiene instrucción o tiene la escuela primaria incompleta. En la región metropolitana y en la pampeana, sólo un 5 % de la población está en esa situación. En el resto de las regiones el porcentaje de quienes no tienen instrucción o secundaria incompleta es de alrededor del 10 %.

A la vez, entre secundaria completa y superior, los porcentajes entre el 53 % para la región metropolitana y 50 % para pampeana, hasta el 35 % para el NEA y 40 % para el NOA.

CUADRO 28: Porcentaje de la población de 20 a 24 años según máximo nivel alcanzado.

Región	Máximo nivel educativo alcanzado				Total
	Sin instrucción/ Primaria incompleta	Primaria completa / Secundaria Incompleta	Secundaria completa	Superior completa e incompleta	
Metropolitana	4,86%	41,47%	20,09%	33,58%	100,00%
Pampeana	6,33%	43,12%	16,99%	33,56%	100,00%
Cuyana	8,62%	46,80%	16,45%	28,13%	100,00%
NEA	19,49%	45,44%	14,03%	21,05%	100,00%
NOA	11,04%	47,68%	15,83%	25,45%	100,00%
Patagónica	7,61%	51,34%	18,52%	22,52%	100,00%
Total	7,91%	44,05%	17,58%	30,46%	100,00%

Fuente: Elaboración propia en base al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. INDEC.

Los puntos que analizados hasta aquí nos indican que:

Llegar a terminar la escuela secundaria resulta muy dificultoso para una gran parte de los jóvenes

- Un veinte por ciento de los jóvenes termina la secundaria a los 18 años; y casi otro veinte por ciento lo hace para los 19.
- Casi un diez por ciento más termina los estudios secundarios entre los 20 y 24 años. En conjunto, el 48 % de los jóvenes de entre 20 y 24 años tenían la escolaridad secundaria completa.
- Considerando un 3 % de alumnos que continúan estudiando, la terminalidad de ese grupo a lo sumo podría llegar (hipotéticamente) al 51 % del total.
- En resumen, sólo la mitad de los jóvenes terminan la escuela secundaria.
- Otras fuentes indican que esa cifra podría haber crecido en los últimos años. De todas formas, aún en ese caso estaríamos dramáticamente lejos de la posibilidad de escolarización secundaria completa para todos los jóvenes.
- Al analizar la terminalidad por regiones, se observa que mientras en la metropolitana más del 53 % de los jóvenes han completado la escuela secundaria, y un 33 % continúan estudios superiores, en las regiones más postergadas los índices son sensiblemente menores. En el NEA sólo el 35 % de los jóvenes tienen la escolaridad secundaria completa, y el 20 % continúan estudios superiores.

3. CONCLUSIONES GENERALES Y PROPUESTAS

Finalizando el presente análisis, podemos afirmar que, si bien encontramos niveles de escolarización relativamente altos entre los adolescentes y los jóvenes, existe una fuerte desigualdad en el acceso, y sobre todo en la permanencia y el egreso de la educación secundaria, que se pone de manifiesto en todo el país. De igual modo, aparece dramáticamente reflejado que una importante franja de adolescentes y jóvenes están excluidos de la posibilidad de acceder a ese nivel de estudios.

Estas situaciones de desigualdad y exclusión educativas están claramente asociados tanto a la histórica postergación socio-económica de algunas regiones, como a los grupos sociales que han sido históricamente más afectados por los procesos de empobrecimiento.

Así, en la escolaridad en general, sobre el conjunto de los adolescentes y jóvenes de 13 a 18 años, son un 19 % quienes no concurren a la escuela, de los cuales un 0,74 % nunca concurrieron a la escuela.

En las regiones más postergadas estos porcentajes se elevan sensiblemente. En el NEA quienes no estudian son casi el treinta por ciento (28,3 %) alrededor de 121.000 adolescentes y jóvenes que no concurren a la escuela.

Si consideramos las diferencias en asistencia con relación a la pobreza, ocurre otro tanto. Los adolescentes y jóvenes pobres concurren en promedio un 20 % menos a la escuela que quienes no viven en condiciones de pobreza.

En ambos casos se pone de manifiesto la desigualdad educativa.

Finalmente, también se ha podido comprobar como las desigualdades se potencian si consideramos diferencias regionales y pobreza en conjunto.

Los adolescentes y jóvenes pobres, que viven en regiones pobres, son quienes asisten en menor medida a la escuela. Sólo el 56.7 % de los jóvenes pobres del NEA estudian, y un 60 % en el NOA. En tanto que en el otro extremo social, el 89 % de los adolescente y jóvenes que no son pobres de la región metropolitana concurren a la escuela. En resumidas cuentas, mientras 9 de cada 10 jóvenes que no son pobres concurren a la escuela, en las regiones más ricas, sólo 6 lo hacen entre los adolescentes y jóvenes que viven en condiciones de pobreza, en las regiones más postergadas del país.

Sobre la base de los criterios planteados al comienzo, podemos señalar las siguientes situaciones de exclusión.

En primer lugar, si bien el acceso a la escuela primaria es prácticamente universal, no podemos dejar de señalar que la mayor exclusión la sufren los 28.600 adolescentes y jóvenes que nunca han concurrido a la escuela. Sin representar el problema más grave, desde lo cuantitativo, del sistema educativo, no deja de ser un problema, sobre todo si desagregamos el análisis por regiones y pobreza. El 60 % de los chicos que nunca fueron a la escuela son pobres. Los porcentajes de no acceso son superiores en las regiones más pobres.

En segundo término, tenemos a los adolescentes que no han cumplido la obligatoriedad escolar, que son por lo menos un 8 %, aunque es probable que sean más, igualando o superando los índices de incumplimiento de la escolaridad obligatoria anteriores a la reforma. Al igual que en el caso anterior, es mayor el porcentaje entre los adolescentes y jóvenes pobres (17 %), y en las regiones más pobres (19 %). Y tomando ambas variables en conjunto, entre

los adolescentes pobres de las regiones pobres los índices son aún superiores. En el NEA, el 29 % no cumplen la escolaridad obligatoria. Es decir que 3 de cada 10 adolescentes de 14 años, en condición de pobreza, en el NEA, no concurren a la escuela.

Sin duda, el derecho a la educación de estos adolescentes ha sido vulnerado, con todos los efectos que esto tendrá en sus vidas. No alcanzar ninguna certificación de escolaridad es un paso (sin duda, uno más) que los va llevando hacia las culturas informales de sobrevivencia de los sectores populares, signadas por la irregularidad en el trabajo, que constituyen su modo de vida a partir de esta relación que la sociedad les impone y que muchas veces los hace transitar los límites entre lo “informal” y lo “ilegal”. Es un estricto deber de justicia el que el Estado repare el daño que ha cometido contra estos jóvenes y adolescentes.

Desde la perspectiva de este trabajo, lo que puede concluirse sobre este punto es que algo tan elemental como el acceso a la escuela secundaria, aún no se encuentra plenamente garantizado. Y que son – como en todos los casos analizados – los adolescentes pobres y de las regiones más pobres a quienes en mayor medida se les niega este derecho. Si bien éste no es el problema más grave visto desde lo cuantitativo, sí podría plantearse que lo es desde el derecho y la ética.

Considerando la asistencia a la escuela secundaria, vemos que también se pueden observar fuertes desigualdades sociales.

Si consideramos la condición social, los adolescentes y jóvenes pobres concurren un 30 % menos a la escuela secundaria que quienes no son pobres. Si tenemos en cuenta las diferencias regionales, los jóvenes y adolescentes de las regiones pobres concurren (con la sola excepción de la región metropolitana) un 20 % menos a la escuela secundaria.

Si tomamos en conjunto pobreza y regiones, las desigualdades aumentan. Al comparar los “extremos sociales”, mientras poco menos de un treinta por ciento entre adolescentes y jóvenes pobres del NEA concurren a la escuela secundaria (28,9 %), casi un 80 % lo hacen entre los jóvenes que no son pobres de la región metropolitana, (77,7 %).

Es decir que mientras sólo 3 de cada 10 chicos pobres del NEA concurren a la escuela secundaria, 8 de cada 10 lo hacen en la región metropolitana.

¿Quién o quiénes se harán cargo de revertir esta injusticia educativa, gestada a lo largo de muchos años, profundizada con la Dictadura Militar y la década menemista? Es el estado democrático quien debe garantizar la efectivización de este derecho, a través de estrategias adecuadas, y de la asignación concreta de los recursos necesarios, es el propio Estado quien debe reparar el daño que ha provocado, por acción u omisión. Eso sería una justa reivindicación para la educación pública. Si la exclusión es un proceso, el camino hacia la inclusión ciudadana también es un proceso que hay que construir y conducir, promoviendo factores en favor de esos derechos. Por ejemplo, la terminalidad de los niveles obligatorios.

Por ello ahora es necesario focalizar en esa gran cantidad de “excluidos de las posibilidades”, como hemos llamado a quienes no logran egresar de la escolaridad secundaria.

Entre los 18 y 19 años, un cuarenta por ciento de los jóvenes termina la escolaridad secundaria. Otro diez por ciento lo hace en los años subsiguientes, llevando el porcentaje a un cincuenta por ciento, aproximadamente.

Como en todo el análisis precedente, se repite el hecho que son los jóvenes pobres, y los que viven en las regiones más postergadas, quienes tienen mayores dificultades para terminar la escuela secundaria. Mientras en el NEA sólo el 35 % de los jóvenes ha terminado la escuela secundaria, en la región metropolitana son el 53 %.

El hecho que incluso se considere que la terminalidad de la escuela secundaria pudiera haber aumentado algunos puntos en los últimos años, no implica modificar el hecho que aun estemos dramáticamente lejos de la posibilidad que todo los jóvenes terminen la escuela secundaria.

Un estado democrático, no debe contribuir a reproducir la injusticia social y educativa. Pues ¿de qué otra forma puede interpretarse la falta de garantías efectivas para que se cumpla el derecho a la educación?

La desigualdad y exclusión educativa tienen una incidencia en la vida presente y posterior de los jóvenes, máxime si las correlacionamos con las condiciones de vida que describíamos al comienzo del trabajo para la mayor parte de los jóvenes (pobreza, falta de trabajo, de perspectivas, carencia de cobertura sanitaria, violencia, etc.).

Sin duda, la cuestión de fondo es la modificación del modelo de distribución regresivo de la riqueza, instalado desde hace décadas, que ha sido la causa de la postergación y el empobrecimiento de regiones y provincias. Es preciso una acción estatal que privilegie las economías regionales, porque, mejorar la educación, sin mejorar el contexto, es sólo empujar a los jóvenes hacia la emigración. Un país con lugar para todos, requiere una mejor educación pública, pero también generar trabajo digno, y distribución justa de la riqueza.

Estas consideraciones generales, son sólo el punto de partida para encarar el problema de la enorme desigualdad que exhibe nuestro país, en términos de la escolaridad secundaria. Es ineludible pensar que si el horizonte que nos guía es el cumplimiento de la universalización y obligatoriedad de la escuela secundaria, hay muchos obstáculos que vencer para que eso se haga realidad, y serán necesarias decisiones en políticas educativas, muy claras y definitivas.

Propuestas

En las siguientes propuestas, retomamos y puntualizamos lo que hemos señalado tanto en nuestro Tercer Congreso Educativo, como en otros pronunciamientos, como también lo planteado en el borrador de proyecto de Ley Nacional de Educación que hemos elaborado desde CTERA.

Es preciso llevar adelante una política educativa nacional en el nivel secundario que garantice a todos los adolescentes y jóvenes, el ingreso, permanencia y egreso a término de ese nivel, así como la posibilidad de elegir las orientaciones, de acuerdo a las necesidades personales (vocacionales) y contextuales (sociales-regionales).

Sólo el Estado Nacional y los Estados Provinciales, pueden realizar las acciones que atiendan las fuertes desigualdades observadas. Por ello, los gobiernos deben comprometer sus esfuerzos para garantizar:

- Desarrollo de políticas económicas y sociales que permitan revertir las diferencias sociales y regionales.
- Condiciones socio-educativas para el cumplimiento de la universalización y obligatoriedad de la escuela secundaria.
- Desarrollo de estrategias de incorporación educativa de los adolescentes y jóvenes que sufren exclusión educativa.

Implementar las iniciativas necesarias como para revertir este cuadro que hoy sufren la mitad de los jóvenes, es comenzar a revertir la injusticia en que viven. Comenzar a transitar el camino de la construcción de otro mundo posible, con justicia social y educativa.

Es urgente una decidida acción estatal, que contemple entre otros puntos, la inversión educativa suficiente para superar la desigualdad y la fragmentación heredadas de la provincialización y la aplicación de la Ley Federal de Educación. Ello implica realizar las inversiones que resulten necesarias hacia las regiones y sectores sociales históricamente postergados, que como muestra el presente documento, son los más afectados por esta situación de injusticia educativa, para poder revertirla en un tiempo razonable.

En este sentido puntualizamos, dentro las políticas educativas que es preciso desarrollar, los siguientes aspectos prioritarios:

- La creación de la infraestructura necesaria para cumplimentar adecuadamente la obligatoriedad de la enseñanza secundaria, particularmente en las regiones y zonas más desfavorecidas del país.
- Los establecimientos educativos deben contar no sólo con la infraestructura básica, sino también con otros espacios para el desarrollo de una acción educativa integral, como bibliotecas, espacios para actividades artísticas, educación física y recreación, actividades científicas, etc. Acordes a una cantidad de alumnos que permita el desarrollo de una real acción pedagógica. En síntesis, condiciones dignas de enseñar y aprender.
- Esta política es preciso plantearla en el marco de un nuevo sentido político-pedagógico para la escuela secundaria.
- Es preciso reinventar la escuela secundaria, dotándola de nuevos sentidos, acordes con el momento histórico que vivimos. Entre otros elementos, con proyectos pedagógicos que atiendan las realidades sociales comunitarias, con construcción curricular participativa, con atención a la diversidad lingüística y cultural de la población; con una formación integral, que posibilite el desarrollo de todas las potencialidades de los adolescentes y los jóvenes, que forme para el trabajo y no para el empleo, que forme para la ciudadanía, que posibilite llevar adelante no sólo proyectos individuales sino colectivos.
- Esa nueva escuela deberá tener nuevos puestos de trabajo, acordes con estas nuevas necesidades, con formación y capacitación específica docente, y con condiciones dignas de enseñar y de aprender.

Finalmente, no está de más reafirmar que estas políticas en lo educativo, deben llevarse adelante en consonancia con políticas sociales, como el establecimiento de un ingreso ciudadano para la niñez y los jóvenes, y la ayuda escolar universal para enfrentar la exclusión social de la mitad de nuestros adolescentes y jóvenes. También con políticas de control y seguimiento de la salud de los alumnos, así como en general de sus condiciones de vida.

Si bien resulta claro que para resolver en forma estructural estas problemáticas, es preciso trabajar sobre los problemas de fondo, como el del trabajo, y el de la participación popular en la conducción de la sociedad, lo cual implica necesariamente un cambio de modelo societal y productivo, entendemos que estas medidas básicas encaminadas a resolver los problemas más urgentes del presente, se enmarcan en estrategias necesarias para avanzar hacia otro país posible, más justo, más democrático, más humano.